

¡Cómo duele Chile!

GERMÁN ARBOLEDA VÉLEZ



editores





¡Cómo duele Chile!



Germán Arboleda Vélez

¡Cómo duele Chile!



A Editores

¡CÓMO DUELE CHILE!

Derechos reservados:

© 1999 por Germán Arboleda Vélez
e-mail: iconsulta@colnet.com.co

ISBN: 958 - 96485 - 4 - 1

Primera edición: febrero 1999

Dirección editorial

AC Editores
Carrera 36 No. 5B4 - 17, San Fernando
Teléfono 558 31 50 Santiago de Cali, Colombia

Corrección de estilo y lenguaje

Jorge Enrique Arana Medina
Carrera 42A No. 12 - 76 Santiago de Cali, Colombia
e-mail: jarana@jupiter.ujvcali.edu.co

Carátula

Germán Arboleda Vélez
Mario Andrés Carvajal

Impresión

Cargraphics - Impresión Digital. Santafé de Bogotá

Este libro no podrá ser reproducido en todo o en parte, por algún medio impreso o de reproducción, sin permiso escrito del titular de los derechos reservados

*Impreso en Colombia
Printed in Colombia*

*A todos los detenidos
padres de familia en 1973*



PRÓLOGO

Germán Arboleda Vélez, ingeniero destacado, lúcido investigador en materia de proyectos y pedagogo consumado que, con fruición, disfruta de su papel de maestro, en *¡Cómo duele Chile!* nos entrega un texto fresco, pero golpeante con sus imaginarios y recuerdos, de los trece días que inauguraron en Chile la época de Pinochet. Los que conocen a Germán saben que la construcción de una democracia, con profundo sentido social y montada sobre bases racionales y técnicas, ha constituido el ideario supremo de su vida política.

Sin posar de acusador y panfletario, suelta un testimonio intenso y placenteramente legible, que, anudado a miles y miles de discursos testimoniales, cuestio-

na, con radicalidad, la legitimidad ideológica de un régimen que, bajo el pretexto de la modernización neoliberal, aplastó inmisericordemente, en la patria de O'Higgins, una experiencia política en cuya estrategia de poder el pueblo trabajador chileno jugaba, por primera vez en su historia, el papel protagónico.

La reinstalación en Chile de una democracia frágil y vacilante, incapaz por lo tanto de desalojar a los militares de los escenarios políticos más importantes, hizo pensar al prepotente general Augusto Pinochet Ugarte que, en la época de la globalización y de la internacionalización, podía pasearse campante por el mundo entero, sin que nadie le cobrase la enorme deuda política y social que, a punta de represión y de militarización de la vida social, había contraído durante casi dos décadas con el pueblo chileno. Pero, para bien o para mal, el mundo es, cada vez más, una compleja realidad, que tiende a construir un espacio ideológico, político, jurídico y cultural común. De esa nueva realidad, fue de la que cayó prisionero el modernizante pero ultrarrepresivo dictador chileno. Creyó que no existía o que, en su soberbia, la podía manipular a su amaño.

Por desgracia, en el interior de Chile, se reabrieron heridas que la nueva frágil democracia no había logrado cicatrizar. Fue así como se produjo la repolarización ideológica amigos- enemigos. Los demócratas latinoamericanos deben dar su cuota para que la democracia chilena madure y para que, al reinstalar a los militares en su cuarteles, en el Chile lindo se posibilite que las fuerzas democráticas de amigos-aliados asuman el presente y el futuro de una nación, que muchos llevamos

muy adentro del corazón.

¡Cómo duele Colombia! le contestarán a Germán muchos chilenos en un momento tan crucial para el país. Aquí también en la actualidad resaltan los tiempos de una sociedad nacional que fuertemente impactada, en lo cualitativo, por las dinámicas perversas de la guerra, están demandando terminar con ésta. Entonces, si fracasa una negociación, se impondrán los tiempos de la guerra definitiva en los que la única perdedora será Colombia. Son estos tiempos de la sociedad nacional los que deberían asumir ahora los demócratas latinoamericanos para que, en mucho, contribuyan a salvar la unidad nacional que se encuentra en juego si no se negocia para la construcción de una Colombia políticamente democrática y socialmente justa.

HUMBERTO VÉLEZ RAMÍREZ

Barcelona, Quindío

10:00 a.m., 25 de enero de 1999 *

* Este día el Quindío fue semidestruido



AMBIENTE UNOS DÍAS ANTES

EL CAMBIO ERA REALIDAD

En 1971 y 1972, primeros años de gobierno del Doctor Salvador Allende Gossens, se palpó el inicio del proceso revolucionario marxista - leninista en democracia por un Chile socialista y se establecieron las pautas para continuarlo en lo sucesivo, con un alto nivel de certidumbre, dada la presencia en el poder de la Unidad Popular, UP,¹ con la cabeza visible de Salvador Allende, quien era conocido, tanto al interior de su país como por fuera de él, como una persona que planteaba o prometía sacar adelante algo y lo cumplía. De él se decía que “jamás había engañado al pueblo”.

En su último año de gobierno, 1973, en lugar de propiciar un proceso revolucionario acelerado, el esquema del gobierno de la Unidad Popular comenzó a mostrar ciertas facetas de un gobierno reformista que quería buscar el cambio con prudencia, por la vía pacífica, a través de un proceso democrático, y, para ello, tenía centrado su pensamiento en las elecciones

¹. La Unidad Popular, UP, era una coalición de partidos políticos, casi todos de izquierda, integrada por el Partido Comunista, PC, el Partido Socialista, PS, el Partido Radical, PR, y otros grupos políticos derivados del Partido Demócrata Cristiano, PDC, tales como la Izquierda Cristiana, IC, y el Movimiento de Acción Popular Unitaria, MAPU

de 1976, con la confianza de lograr en el Congreso una amplia mayoría del Partido Comunista y demás grupos de la izquierda. En contra de esta posición se manifestaron las otras líneas, cada una de ellas expresión de la multitud de grupos en que estaba fraccionada la izquierda en Chile. Así, por ejemplo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR², y sectores de ultraizquierda del Partido Socialista, partido político comandado en ese momento por el senador Carlos Altamirano, abogaban por un gobierno más revolucionario y con pasos más acelerados hacia la instauración del 'poder popular'.

En los últimos meses del gobierno de la Unidad Popular, era clara la presencia de dos grupos de izquierda: la *oficial*, representada por el gobierno de Allende, y dirigida desde el punto de vista político por Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista, grupo mayoritario, caracterizado por mantener una política reformista y cautelosa debido a que tenía que cumplir con las directrices dadas por los sectores políticos, con mucha más influencia del Partido Comunista, y la *izquierda popular*, a la cual pertenecía la masa obrera y, en general, el pueblo, quienes durante mucho tiempo se limitaron, con paciencia, a aceptar el comportamiento y las pautas que provenían de sus dirigentes. Dentro de este contexto, es innegable que la izquierda popular, más orientada hacia la ultraizquierda, fue dando paso a la creación del verda-

2. El MIR estaba representado en los sectores de trabajadores por el 'Frente de Trabajadores Revolucionarios', FTR, y en el sector estudiantil por el 'Frente de Estudiantes Revolucionarios', FER.

dero poder popular, rompiendo con las estructuras reformistas de la Unidad Popular, tal como lo demostró con la reacción y las manifestaciones de apoyo de manera inmediata después del intento de golpe ocurrido en junio de 1973, denominado 'El Tacnazo' ³, por haber sido, en esencia, una sublevación de la guarnición de Tacna, ubicada en Santiago.

Durante el corto período del gobierno de Salvador Allende, y dentro del anterior marco de cambios políticos, fueron muchos y muy importantes los cambios en la estructura económica de Chile:

- La nacionalización de muchas empresas en manos de extranjeros, en su mayoría multinacionales manejadas por norteamericanos. Dentro de éstas, se destacan las industrias del cobre y del hierro, la Compañía de Teléfonos, en manos de la multinacional ITT, la industria de los textiles, caracterizada, en gobiernos anteriores, por ser un verdadero monopolio.
- La nacionalización total de la banca.
- La nacionalización de la administración portuaria y de navegación.
- El comienzo de un verdadero proceso de reforma agraria.
- Las conquistas logradas por los obreros fueron: participación en la planificación de la producción, participación en la toma de decisiones en las fábricas y la obtención de bonos de producción.

³. Hoy se sabe, a ciencia cierta, que 'El Tacnazo' fue un ensayo de lo que iba a suceder el 11 de septiembre de 1973.

CHILE ERA EL PAÍS DE LAS COLAS ⁴ Y DEL 'MERCADO NEGRO'

No fue la escasez de productos la que dio origen a las colas, sino la oportunidad brindada para que muchos tuvieran acceso al consumo, en especial de productos de primera necesidad, a la que se agrega el gran número de oportunidades de trabajo que se brindaron para que un millón de obreros pudiera contar con un empleo remunerado e impactar a la demanda de bienes de consumo. También, contribuyó al clima de escasez, el 'mercado negro' de productos de la canasta familiar, en permanente crecimiento diario.

Hasta el último momento, el gobierno de la Unidad Popular mantuvo su política de precios muy bajos para los productos de primera necesidad y de mecanismos sencillos para que todo el pueblo pudiera adquirirlos. Sin embargo, los intereses de muchas personas inescrupulosas dieron lugar al denominado 'mercado negro' de los productos de primera necesidad, con la consecuente falsa creencia en una escasez alarmante, muchas veces utilizada como pretexto por los grupos de derecha para adelantar las conocidas 'marchas de ollas vacías', orientadas a crear el pánico de la escasez. En Chile, no faltaron los alimentos y productos esenciales; a ellos tenían acceso todas las capas sociales, pero de diferente manera: los sectores populares a través de interminables colas que les permitían adquirir, a precios oficiales, los pocos productos que los especuladores colocaban a su alcance; y las clases

⁴. El término 'colas' es un regionalismo por 'filas de personas'.

puedientes, en su gran mayoría conformadas por sectores en oposición al gobierno, mediante la compra de los productos en el 'mercado negro', a precios diez veces superiores a los oficiales.

Es indiscutible que la estrategia del Partido Comunista de ganarse la clase media, dejando en manos de ésta el papel de distribuidores finales de los productos de primera necesidad, fue nefasta. En ningún momento fue partidario de eliminar al intermediario y, al final, fueron los pequeños comerciantes quienes más fomentaron la comercialización de los productos por fuera de los canales oficiales, sin duda alguna la causa determinante para que cada día fuera más crítico el desabastecimiento. Era de pleno conocimiento que el pequeño comerciante escondía cerca del 20% de lo que recibía para distribuir a precio oficial y, luego, lo ofrecía de modo fraudulento.

El 'mercado negro' de productos siempre estuvo acompañado del 'mercado negro de dólares', en el cual se vendían y compraban dólares por un precio de hasta diez veces la tasa de cambio oficial. Esta situación fue aprovechada de manera inescrupulosa por algunos de los extranjeros residentes en Chile y por todos los visitantes en plan de turismo, dedicados más a las compras que a la visita de sitios de interés. No existen dudas al decir que todo esto dio origen al denominado 'saqueo de Chile', puesto que con cien dólares mensuales un extranjero vivía a cuerpo de rey; el visitante extranjero, con una baja cifra de moneda norteamericana, después de haber pasado un tiempo inolvidable a un costo irrisorio, salía cargado con maletas nuevas llenas de ropa, vestidos, equipos electrónicos, elec-

trodomésticos, libros, artículos de lujo y otros bienes de consumo.

El crecimiento del 'mercado negro' llegó a límites tan exagerados que el presidente Allende no dudó en presentar al Congreso de la República el denominado *Proyecto de Ley de Delito Económico*, encaminado a contrarrestar el 'mercado negro' en todas sus facetas, el cual no fue aprobado debido, en gran medida, a la oposición de la Democracia Cristiana.

EL PUEBLO CREÓ MECANISMOS DE DEFENSA

El pueblo, conocedor de la situación anterior y en particular de la especulación con los productos de primera necesidad, no tardó en buscar sus mecanismos de defensa y creó, a nivel de cada manzana, las denominadas 'Juntas de Abastecimiento y Precios', JAP, con las cuales buscaba eliminar la intermediación del pequeño comerciante. Las JAP funcionaban muy de la mano con las 'Juntas de Vecinos', cuyos miembros eran elegidos mediante votación popular en cada sector comunitario. Cada JAP llevaba datos estadísticos sobre las familias y sus necesidades, compraba los productos en las fábricas, entregaba tarjetas a las familias con el correspondiente racionamiento, distribuía los productos en los expendios y les anunciaba el momento en que podían aproximarse a los expendios para abastecerse, por ejemplo, de aceite, arroz, u otro comestible. Era un principio básico que las JAP desarrollaran su trabajo sin ningún tipo de discriminación política.

NO TODO SE INFORMABA EN EL EXTRANJERO

La prensa internacional estaba dedicada a divulgar sólo las manifestaciones y marchas de los grupos de la derecha. El pueblo chileno estaba bastante polarizado: por un lado, los opositores al gobierno, denominados la derecha o 'momios', y, por el otro, los seguidores de la Unidad Popular, fieles defensores del gobierno, tildados en forma genérica como 'izquierdistas'.

A diario se presentaba la expresión de cada uno de estos grupos, sobre todo a través de marchas: el de derecha, con 'marchas de las ollas vacías', que se constituían en noticias de primera página en la prensa internacional, y el de izquierda, con sus multitudinarias marchas populares, sin ningún eco en ésta. En cada marcha desfilaba por las calles de Santiago más de un millón de obreros y simpatizantes de la Unidad Popular.

Mientras las mujeres del grupo de la derecha marchaban pidiendo la renuncia de Salvador Allende, también noticia de amplia resonancia en todas las agencias internacionales de noticias, las mujeres del grupo de la izquierda marchaban en apoyo al Presidente, protagonizando manifestaciones ignoradas por los encargados de informar al exterior.

EL AMBIENTE ERA PESADO

Semanas antes del golpe militar, el ambiente era muy tenso en todo Chile: sucedieron acontecimientos como un paro de los transportadores de carga, promovido por Vilarín, bautizado con el alias de 'Pillarín', los pa-

ros de profesionales, una ola de terrorismo, la denominada 'Operación Centavo', los allanamientos militares a fábricas y cementerios, la conformación de cordones industriales y los diálogos con la derecha.

Paro de transportadores de carga. 'Vilarín - Pillarín'. Se constituyó en el punto crucial que antecedió al golpe. Fue instigado por León Vilarín, quien logró la aprobación del paro en una reunión con los propietarios de camiones, y contó con el apoyo total de Juan Jara, expresidente del Sindicato de los Trabajadores de los Ferrocarriles Nacionales. De este personaje, se decía que había constituido una gran empresa de transportes con base en dineros recogidos en una Sociedad de Socorro Mutuo del Sindicato de los Trabajadores.

Los dueños de los camiones dieron la orden de movilizarlos a zonas especiales, en su mayoría custodiadas por la Marina de Chile, donde llegaron a estacionarse hasta tres mil automotores. Gracias a la actitud del grupo de propietarios de camiones denominado 'El Mopare', en desacuerdo con el paro, el desabastecimiento no fue total. Este grupo siguió trabajando en la movilización de productos a los principales centros urbanos.

Paros de profesionales. El paro de transportadores de carga generó muchas consecuencias y dio para muchas cosas, entre ellas y como algo insólito, la expulsión del Presidente Allende del Colegio de Médicos, del cual había sido su fundador. La derecha se valía de todos los medios posibles para ir en contra del mandatario. Por ejemplo, en una de sus intervencio-

nes, el Presidente había dicho: “No dudaré un momento en renunciar, si el pueblo, los obreros, los profesionales, así me lo demandaran”. Entonces, la derecha sacó a relucir grandes pancartas que decían: “Cumpla su palabra presidente Allende” y comenzaron a ocurrir los paros de médicos, ingenieros y pequeños comerciantes, todos ellos promovidos y apoyados por profesionales del grupo de la derecha y rechazados de manera radical por profesionales del grupo de la izquierda. El momento no podía ser más grave. La polarización de la sociedad chilena era una realidad por todas partes.

Ola de terrorismo. Ésta fue sin duda la represalia contra los que querían trabajar. Se llegaron a contar hasta cincuenta atentados por semana, algunos de ellos a instalaciones suburbanas donde había grandes tanques de gas, cuyas explosiones afectaron en forma significativa a los animales y las edificaciones ubicados en varios cientos de metros a la redonda.

Operación Centavo. Así se denominó el movimiento financiero que mantuvo el paro de transportadores de carga y que buscó desestabilizar la ya golpeada economía chilena. Algunos sectores de la prensa informaron que los camioneros recibían un dólar diario, el cual, por supuesto, vendían en el 'mercado negro de divisas' a 2.500 escudos, mientras que la tasa oficial de cambio estaba en 300 escudos. Hubo inundación de dólares en el 'mercado negro de divisas', con el consecuente aumento de la oferta frente a una demanda estable. Este hecho lo reveló la variación de la tasa de cambio del dólar en el mercado negro, que pasó de 2.500 escudos por dólar, al principio del paro,

a 1.800 escudos unos pocos días después.

Fue palpable la 'Operación Centavo'. Hubo quienes sostuvieron que, en los Estados Unidos, se había falsificado dinero chileno.

Allanamientos militares a fábricas y cementerios. En aquellos momentos fue cuando empezaron los allanamientos militares a las fábricas y a los cementerios en busca de material bélico, apoyados en la 'Ley de Control de Armas'. Sancionada por el mismo Allende y de manera amplia criticada por el MIR, esta ley se volvió en contra de la izquierda. Los altos mandos militares creían en la existencia de grandes cantidades de armas en Chile; su gran preocupación era encontrarlas a como diera lugar, sin importarles llegar a extremos como la profanación de tumbas en los cementerios de las principales ciudades chilenas. Ningún allanamiento dio resultados significativos y mucho menos los efectuados a los cementerios.

Cordones industriales. A través de los cordones industriales, la clase trabajadora expresó el verdadero poder popular; antes del 29 de junio, empezó a organizarse y originó dichos 'cordones industriales'. Así, por ejemplo, en la Avenida Vicuña Mackenna, se organizaron los trabajadores de importantes empresas, entre ellas la industria Elecmetal, la industria de textiles Sumar, las Cristalerías Chile, la industria de alimentos Luchetti y otras. Se formaron frentes comunes, nombraron sus representantes y se organizaron desde el punto de vista político, dando origen a los denominados 'cordón Vicuña Mackenna' y 'cordón Cerrillo'. Algo similar ocurrió en otras ciudades chilenas como Valparaíso y Concepción.

La Central Unica de Trabajadores, CUT, en un principio, no los aceptó. Después, cuando se dio el 'Tacnazo', comprendió que los cordones industriales sí eran una fuerza poderosa y constituían la respuesta práctica al dicho popular "Contra el momio prepotente, mano dura, Presidente".

Diálogos con la derecha. Se tuvieron hasta el último momento. Promovidos por el cardenal Silva Henríquez, buscaban el acercamiento entre la democracia cristiana y el gobierno. El presidente Allende quería que los demócratas trabajaran en los programas de la Unidad Popular, pero las condiciones de ellos eran muy duras: la abolición de la reforma agraria, la devolución de fondos a los propietarios, la supresión de la Escuela Nacional Unificada, ENU ⁵, que se había convertido en excusa permanente para manifestaciones de protesta de la derecha, entre otras.

Cuando la actitud de Allende y su grupo de asesores buscaba ganar tiempo y dilatar las conversaciones, surgió la exigencia al gobierno por parte de los militares de 'arreglar' en cuarenta y ocho horas las áreas social, mixta y privada de la economía del país. El gobierno pidió dos meses, pero, después, de modo ingenuo, aceptó ocho días, plazo que se cumplió con exactitud el 11 de septiembre.

5. La ENU fue un centro en donde se trató de integrar los estudios teóricos con la práctica. Su objetivo era que el estudiante, en su tiempo de estudios o vacaciones, desarrollara sus prácticas en las empresas, fábricas, industrias y distintos campos cultivados del país. La derecha alegó que ésta era un centro de entrenamiento marxista donde se tomaba al hombre desde niño para politizarlo.

En verdad, los diálogos no pasaron de ser un pretexto para justificar lo que estaba por venir, pues, la derecha ya lo tenía todo arreglado. Con sus paros políticos, amparados en lo gremial, y con unas fuerzas militares, ya contagiadas por el virus del golpismo, la derecha precipitó la crisis y abrió el camino a una dictadura que se inició el 11 de septiembre de 1973. Esta dictadura se caracterizaría por las improvisaciones, falsos supuestos, errores y arbitrariedades, traducidos en muertes, desapariciones, torturas, dolores, desequilibrios mentales, todos éstos sufridos, en mayor o menor grado, por cada familia chilena: las del grupo de derecha, tal vez en menor proporción, y las del grupo de izquierda, con la mayor cuota de sacrificio. ¡Cómo duele Chile!

11 DE SEPTIEMBRE

La noche anterior me había acostado un poco tarde. Como de costumbre, hasta altas horas de la noche, estuve dedicado a la lectura de artículos sobre la situación de Chile y de temas técnicos de interés para mi trabajo del día siguiente. Eran cerca de las ocho de la mañana cuando, al despertar, en el interior del cuarto de la casa de pensiones, ubicada cerca de la Calle República, encendí la radio con la intención de escuchar la hora y comencé a recibir noticias sobre movimientos militares en Santiago. Con rapidez me senté en el borde de la cama y comencé a mover el sintonizador de la radio por todos los lados con el deseo de conocer, con exactitud, lo que estaba pasando. Todo era confuso. En ese momento, sólo me quedaba en claro que se estaba repitiendo un golpe similar al 'Tacnazo' del pasado mes de junio, y que debía llegar lo más pronto posible a mi sitio de trabajo en el Departamento de Construcciones de la Universidad Técnica del Estado, localizada en cercanías de la Estación Central. Allí, esperaba órdenes para proceder en contra del golpe.

Me levanté de la cama y miré las cuatro paredes de mi habitación. Era un cuarto frío, sin calefacción, y con el mínimo de mobiliario; me dirigí a la ventana, corrí la cortina y sentí frente a mí una hermosa mañana primaveral. Sin perder mucho tiempo, entré a la ducha y, en pocos minutos, estaba en el bus urbano camino a la universidad, vestido con unos pantalones de material liviano, una camisa de manga corta, me-

días de hilo, zapatos de cuero y una chaqueta deportiva que tomé con desgano porque presentía un día caluroso.

Durante todo el recorrido peatonal, desde el paradero de buses en la zona de la universidad hasta la oficina en el Departamento de Construcciones, escuché el ruido de aviones militares sobrevolando la ciudad. Cuando llegué a la oficina, casi toda la gente se encontraba allí. Eramos cerca de treinta personas, entre ingenieros, arquitectos, auxiliares y secretarías, sumidas en la más completa confusión. Nadie sabía qué hacer. Unos escuchaban la radio, con la firme esperanza de un mensaje de los dirigentes políticos con instrucciones para actuar; otros hablaban y especulaban sobre la gravedad de los sucesos del momento; otros entraban y salían, pero nadie trabajaba.

—Germán Arboleda al teléfono —gritó una de las arquitectas.

Tomé el teléfono y escuché. Al otro lado, estaba mi amigo y discípulo de estudios secundarios, el psicólogo Bonel Buriticá, con quien mantenía una muy buena amistad, fomentada por los viajes de fin de semana realizados, durante los últimos meses, a sitios como Valparaíso, Viña del Mar, la zona vacacional de Quintero y otros en los alrededores de Santiago.

—Hermano, la cosa parece en serio. Esto se va a poner color de hormiga. ¿Has escuchado los últimos bandos militares? Parece que estos milicos están dispuestos a bombardear el Palacio de la Moneda —expresó Bonel con voz recia y un poco de confusión.

—Sí, hermano —respondí—. Los comentarios, acá, en

la universidad, dicen que tenemos que prepararnos para lo peor –continué con un tono de tranquilidad, pues creía en una repetición del golpe de junio–. Bonel, de todas maneras es importante seguir de cerca la información de la radio y actuar de la mejor manera lo antes posible.

–Germán, yo creo que la situación no da para más. ¿Recuerdas que, en días pasados, estuvimos hablando de que el golpe era inminente? Pues, bien, hermano, considero que como extranjeros no nos queda otra salida que buscar asilo en una embajada. Me encuentro cerca de la Embajada de México y creo que allí nos pueden recibir con facilidad.

Durante unos segundos quedé mudo. Pensé que en la Embajada de Colombia sería mejor y así se lo manifesté a Bonel, pero éste, después de una serie de explicaciones, sin mayor fundamento, insistió en la Embajada de México.

–Bueno, Germán –dijo–, quedemos en lo siguiente: seguimos atentos a los acontecimientos, en una hora nos comunicamos de nuevo y, de ser el caso, acordamos donde reunirnos para ir juntos a la embajada mexicana.

Acepté lo anterior, pero, en lo más profundo de mi ser, no existía la motivación por buscar asilo en una embajada.

Al colgar el teléfono, escuché la sugerencia del arquitecto Mendoza, director del Departamento de Construcciones, de ir a reunirnos con los otros compañeros de la universidad y definir el papel a asumir frente al golpe.

En las afueras de las oficinas y cerca de una cafetería universitaria, ya se encontraba reunido un buen número de personas. Algunas de ellas escuchaban la única emisora privada en funcionamiento, llamada Radio Magallanes, pues, todas las demás habían ido desapareciendo del aire, después de la correspondiente toma por parte de las fuerzas militares. Muchas de estas tomas, según testimonios posteriores, estuvieron acompañadas con acciones violentas y explosiones de material bélico. Con excepción de Radio Magallanes, las demás emisoras sólo transmitían bandos militares, con información sobre lo que estaba sucediendo y con instrucciones en materia de comportamiento dirigidas a la ciudadanía .

El desconcierto era total.

—¿Y qué vamos a hacer? —Se preguntaban unos a otros.

Más de una vez la respuesta fue:

—Estamos esperando instrucciones de la CUT. Radio Magallanes está al aire y, de un momento a otro, nos dirán cómo debemos proceder y hacia dónde debemos dirigirnos. Cada uno debe estar muy pendiente de los acontecimientos y sobre todo del mensaje de la CUT.

Ya eran cerca de las diez de la mañana y decidí tomar como desayuno una taza de café con leche y un pedazo de pan, antes de dirigirme a mi oficina para tratar de contactar por vía telefónica a mi amigo Bonel Buriticá. Lo intenté durante tres oportunidades sin resultado positivo. Nadie contestó. Comprendí que no tenía sentido, ni para mí ni para las otras personas,

permanecer en los predios de la universidad y tomé la decisión de abandonarla y dirigirme a la casa de mi familia chilena ubicada en la Avenida Portugal, a la altura del nivel 1.800. Desde allí, esperaba seguir los acontecimientos y estar más cómodo. Abandoné la oficina y al llegar a una de las salidas de la universidad la encontré por completo rodeada de soldados. El comentario general de las personas a mi lado, era que el acordonamiento militar alrededor de la universidad hacía imposible abandonarla. Me acerqué a un grupo de personas que estaban pendientes de la radio y, en ese preciso momento, escuchamos el bando militar con la orden de Toque de Queda, a partir de las once de la mañana, en todo el territorio chileno. Ya eran las 11:00 a.m.

Regresé al interior de la universidad. Toda la gente reflejaba en sus rostros la impotencia a que habíamos quedado reducidos. El resto del día lo dedicamos a deambular por todas partes y a la formación de corrillos donde se especulaba sobre la situación de Salvador Allende y su grupo más cercano de colaboradores; sobre las posibles causas que llevaron a la situación de impotencia que estábamos sintiendo y sobre los acontecimientos que sobrevendrían con un gobierno militar a la cabeza, azuzado por una ultraderecha victoriosa y revanchista, con el apoyo del capitalismo mundial, motivado por los Estados Unidos y dispuesto a recuperar su papel dentro de la economía chilena. Algunas personas presagiaban una futura desintegración familiar, que desde tiempo atrás vislumbraban en comentarios caseros cuando analizaban el peor de los escenarios: un golpe militar y el derrumbamiento total

del gobierno de la Unidad Popular. A partir de las 11:00 a.m., lo peor ya era una realidad. La derrota se sentía y mucho más cuando se hablaba de la 'detención maestra' de todos los dirigentes, militantes y simpatizantes de la Unidad Popular, obligados por un toque de queda a semejante hora del día a permanecer en sus puestos de trabajo. La incomunicación telefónica era total. No había alternativa. Sólo quedaba caer en manos de los militares.

Dentro del recinto universitario, la escasez de alimentos era total. A pesar de los estrictos racionamientos de las dos últimas semanas, las despensas del restaurante universitario estaban vacías. Pasó la hora del almuerzo y eran ya las cuatro de la tarde, cuando comenzamos a sentir la ansiedad de comer algo. Sólo una hora más tarde, nos fue posible disfrutar de una chocolatina gracias a la gestión de varios compañeros, quienes se dedicaron a buscar y a recoger, por todos los lados, material comestible, sin importar si era dulce o salado. Dada la situación, casi todo el alimento, recolectado y repartido en una sola ronda, estaba constituido por galletas dulces, chokolatinas, confites y similares.

Al caer la noche, nos recogimos en el interior de los edificios. Me correspondió el segundo piso del edificio donde estaban las oficinas del Departamento de Construcciones de la universidad. El temor era la constante y desde las primeras horas de la noche se escucharon las balas, más frecuentes a medida que pasaban las horas. Sonaban disparos de ametralladora, de fusil, de revólver y disparos de bazuca. La recomendación era permanecer acostados, con la cabeza re-

costada contra la pared, para evitar la acción de alguna posible bala perdida, y mantener encendidas las luces para podernos mover con facilidad en el interior del edificio, si fuera necesario, o para permitir una buena visibilidad a los militares si tomaban la decisión de invadir los edificios, porque si lo hacían con poca luz era muy alto el riesgo de morir a causa de abaleos.

La noche transcurrió fría y expectante. ¡Qué noche más larga! Nadie durmió. Todos estuvimos con hambre, con miedo, con un poco de frío; creíamos que todas las balas rebotaban contra las paredes de nuestro edificio; sentimos la invasión militar de un momento a otro; sólo anhelábamos la luz del nuevo día.



ESTADIO CHILE

UNIVERSIDAD TÉCNICA DEL ESTADO - ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

La luz del día comenzó a entrar por los ventanales. En el interior del edificio, cada uno buscaba con afán los servicios sanitarios para mojarse la cara y beber un poco de agua. Eran las siete de la mañana, cuando se escuchó una voz desde el primer piso. Solicitaba la evacuación del edificio.

—Los militares golpearon la puerta de entrada al edificio y dieron la orden de salir a la zona libre ubicada frente al edificio —era el mensaje.

—Todos deben salir, nadie puede permanecer en el interior del edificio —gritaban con insistencia desde abajo.

Uno a uno fuimos saliendo. Los militares atentos, bien armados y con los fusiles apuntando hacia nosotros, esperaban afuera. Para un lado, iban los hombres y, para otro, las mujeres, con destinos diferentes. La orden era guardar silencio y mantener la fila hasta llegar a la zona donde ya estaban ubicadas las personas evacuadas de otros edificios. Allí, ordenadas en filas, con treinta a cuarenta personas cada una, reunieron a cerca de quinientas personas.

—¡Tomar distancia, estirando los brazos hacia delante! —ordenó, con acento grave, uno de los militares al mando de la operación.

Cuando ya era bastante amplia la distancia entre una

y otra persona, se escuchó la orden de tirarse al suelo y permanecer boca abajo con las manos en la nuca. Muchos minutos permanecimos en esa posición. A la media hora, comenzó la desesperación por la postura adoptada. Sentía los brazos muy grandes y con leves calambres, la presión sobre la nuca al mantener el mentón sobre la tierra era insoportable. Para descansar, me apoyaba sobre la frente o giraba la cabeza noventa grados para tener soporte sobre las mejillas. También, experimenté molestia, cansancio y calambres en el abdomen y en las piernas. A todo lo anterior, se agregó el calor del sol de una mañana primaveral en todo su esplendor, soportado por nuestros cuerpos sin ningún tipo de protección.

Repetidas veces, durante las primeras seis horas como prisioneros de los militares, desde el comandante de la operación hasta el soldado de menor rango, expresaron su odio, matizado con su desagrado hacia el régimen de la Unidad Popular, extensivo a los militantes de izquierda, ya que dentro de ellos consideraban a la totalidad de personas tendidas en ese momento sobre el suelo. Eran evidentes los resultados del trabajo de lavado de cerebro adelantado con todos los miembros de las fuerzas militares chilenas y orientado, desde mucho tiempo atrás, a mirar como despreciable e inferior a todo lo que tuviera la más mínima relación con el gobierno derrocado hacía menos de veinticuatro horas. Actitudes como negar los permisos para realizar las necesidades fisiológicas y caminar con paso prepotente en medio de las filas de personas tendidas en el suelo, algunas veces golpeando brazos y piernas, eran simples ejemplos del bajo concepto que tenían de cada una de las personas allí

sometidas por la fuerza de las armas. En cada uno de los miembros del ejército presentes en la universidad, estuvo latente, durante toda la mañana, el espíritu militar más negativo, caracterizado por la irracionalidad, la brutalidad y el absurdo.

—Coronel, necesito ir a un baño —expresó mi vecino—. Tengo muchos deseos de orinar.

—¡Güevón de mierda! —respondió el coronel—, todo aquel que tenga deseos de orinar o de cagar, puede y debe hacerlo en el sitio.

Cuando todo parecía continuar igual y ya los estragos del cansancio, el hambre, el sol y el dolor se sentían en nuestros cuerpos, vino la orden de ponernos de pie. ¡Qué descanso! El reloj marcaba la 1:00 p.m. y esperábamos algo para comer; pero nada ofrecieron y seguían negando los permisos para ir a los baños donde, al menos, existía la oportunidad de beber agua.

—Todos en orden, ¡a marchar! —expresó, con voz recia, un militar—. Sigán a mi coronel y su grupo.

Sumisos y con la ansiedad de una situación algo mejor, caminamos varios metros hasta llegar al interior de los predios de la Escuela de Artes y Oficios, cuya edificación, de una sola planta, se caracterizaba por la hermosura de la estructura de madera que soportaba su techo y por una arquitectura exquisita, expresada mediante espacios amplios y aireados con las fachadas exteriores e interiores en plena armonía. Estas últimas, bordeaban los límites de un patio interior de dimensiones considerables. En este lugar, nos obligaron a rigurosas formaciones militares y nos mantuvieron de pie hasta las cinco de la tarde, hora en la cual iniciaron los interrogatorios individuales. Lo mejor, en este

sitio, fue la oportunidad brindada para ir a los baños, pero en forma ordenada y con el previo consentimiento del militar más cercano.

No llevábamos más de media hora de haber llegado a este sitio cuando, en forma repentina, se escucharon gritos e insultos provenientes del interior de la escuela.

– Güevón, ¿por qué se escondió en ese zarzo? –le gritó un militar a un joven de 20 años, en el preciso momento en que salía de la edificación y entraba al patio.

–¿Creía que no lo íbamos a encontrar? –gritó—. Buscaremos por todos los rincones y a punta de bala y de culata los bajaremos.

El joven, de apariencia humilde, delgado, de tez trigueña y mediana estatura, vestido con un pantalón azul de dril y una camisa de manga corta, venía empujado con la culata por el militar y era mostrado a nosotros como un trofeo, como el peor de los hampones, como un elemento de alta peligrosidad. El joven se quejaba y reflejaba en el rostro el dolor físico que sentía. Manifestó tener daños en el abdomen y en las costillas. Con urgencia, se pidió un vehículo para desplazarlo a un sitio más seguro. De inmediato apareció un campero y escoltado por un militar y dos soldados, se ordenó al joven subir al vehículo y en fracción de minutos abandonaron el sitio.

–Pobre muchacho –murmuró mi vecino–, no va a ser nada bueno lo que le va a pasar. De seguro es hombre muerto.

Después de algunas horas de permanencia en el patio, la situación se tornó menos tirante y se toleraron

los diálogos con las personas vecinas, pero ningún desplazamiento dentro del patio. Cuando el ruido subía de tono, salía a la palestra un militar y daba la orden de silencio. Tuvo que hacerlo en más de una ocasión .

A las cinco de la tarde, llevaron al primero de nosotros al interior de un salón donde lo esperaban el comandante de la operación y otros oficiales. Después de dos o tres minutos de interrogatorio, abandonó las instalaciones de la escuela en compañía de un oficial y un soldado. Esta operación se repitió en forma continua hasta cuando llegó mi turno. Iba con el firme convencimiento de acabar con la pesadilla que estaba viviendo y de recuperar mi libertad.

—¿Cuál es su nombre? —me preguntó un militar—. ¿Y por qué está dentro de la universidad?

—Germán Arboleda Vélez— contesté—. Me encuentro en la universidad porque yo trabajo aquí, en el Departamento de Construcciones.

—Usted es extranjero — dijo en tono afirmativo el militar—. ¿De qué país es usted?

—Yo soy de Colombia.

De inmediato, ordenó mi salida del salón con el rótulo de extranjero. Salí acompañado con un subalterno del militar encuestador y seguido por un soldado. Después de caminar durante varios minutos, llegamos a una de las vías interiores de la universidad donde esperaba un autobús. Subí al vehículo y tomé asiento. Cuando el vehículo estuvo lleno de personas, se nos ordenó arrodillarnos y colocar la cabeza sobre el asiento, con el fin de aparentar que se encontraba vacío y

evitar la acción de los francotiradores, muy frecuentes, en ese momento, por las principales vías de Santiago, según lo manifestó el militar encargado de la operación. El conductor encendió el motor e inició la marcha.

TRASLADO AL ESTADIO CHILE

Después de varios minutos de viaje, sin saber por dónde íbamos y para dónde nos dirigíamos, el bus se detuvo. Recibimos la orden de levantarnos y abandonar el bus. Ya era de noche y desconocí por completo dónde podíamos encontrarnos. Al bajar del autobús, quedamos frente a una edificación enorme, con apariencia de edificio institucional o deportivo. De inmediato, nos ubicaron de frente a la pared, nos ordenaron colocar las manos contra ella y abrir las piernas.

—Abra más esas piernas, güevón —venía gritando un militar, quien con la culata de su fusil golpeaba el interior de las piernas de cada uno.

En esa posición y en ese sitio, permanecemos cerca de una hora. Muy pronto, me di cuenta que todos los que estábamos en ese sitio, éramos extranjeros.

Al mirar hacia los lados, noté la presencia de más grupos, todos en iguales circunstancias a las nuestras. A lo lejos, se apreciaba con claridad la existencia de un acceso, debido a la cantidad de personas que entraban empujadas por los militares.

Cuando ya la baja temperatura se hacía insoportable, sobre todo por la ropa tan ligera que llevaba puesta, en completa fila india y al trote, nos condujeron hacia la entrada de la edificación e ingresamos hasta terminar ubicados en unas graderías del segundo piso.

En este momento, reconocí el lugar: era un coliseo cubierto. Más tarde, supe que se trataba del Estadio Chile, sitio por completo nuevo para mí.

Todo el estadio estaba lleno, no cabía un alma más. Había gente hasta en la zona destinada para la cancha de baloncesto. Por todas partes se desplazaban oficiales y en diferentes puntos estratégicos de las gradas del estadio, en especial de las superiores, permanecían los soldados con sus fusiles en posición horizontal, apuntando a todos nosotros. La iluminación del coliseo, que era por completo artificial durante las veinticuatro horas del día, no estaba en su máximo nivel de funcionamiento, pero permitía ver con claridad los sucesos en un radio de treinta a cincuenta metros. Con rapidez, pude constatar mi ubicación en el sitio reservado sólo para extranjeros.

—¿Tú de dónde eres? —le pregunté a mi vecino de la derecha.

—Yo soy rumano —contestó.

—¿Rumano?— dije, con sorpresa—. Yo soy colombiano y mi nombre es Germán Arboleda Vélez.

—Me llamo Viorel Panaitescu —dijo.

A pesar de ser un nombre en idioma diferente al español, no me fue difícil recordarlo. Viorel era una persona de unos treinta años, de cabello rubio ensortijado con tendencia a ser rojizo, piel blanca, con algunas pecas en el rostro, de contextura normal y mediana estatura.

—He oído hablar mucho de Colombia —dijo—. Mi deseo es visitar tu país algún día y, de seguro, lo voy a hacer. Produce mucho café, ¿no es así?

—Sí, así es —contesté—. Me impresiona lo bien que hablas el español. No tienes acento extranjero y suena como si fuera tu lengua materna.

Viorel sonrió y entró en explicaciones.

—Hace más de ocho años vivo en Chile —dijo—. Me encuentro casado con una chilena, hija de un diplomático que estuvo de embajador en Rumania. Mis hijos son chilenos.

—Ahora, veo por qué hablas tan bien el español —dije—. Pero lo que más me impresiona es cómo lo hablas a la perfección, sin ningún tipo de error gramatical.

—Sí, es cierto —dijo—. Para nosotros no es difícil hablar bien el español, pues, el rumano es una lengua latina, muy cercana al español y al italiano. De todas maneras, al principio, cuando recién llegué a Chile, me parecía que nunca iba a ser capaz de pronunciar bien algunas palabras como Irarrázabal, por ejemplo.

Sonreímos al mismo tiempo y estábamos a punto de continuar nuestro diálogo cuando, de repente, salió un militar disparando al aire, tal vez balas de caucho, y ordenó silencio absoluto. En ese momento se apagó el bullicio de la infinidad de los diálogos en curso. Era ya cerca de la media noche.

Pasamos toda la noche en vela sentados en las graderías del estadio. La nuestra era la tercera de abajo hacia arriba. Cuando se presentaba la necesidad de ir al baño se debía esperar la cercanía de un militar para pedirle permiso. La respuesta afirmativa venía con la orden de manos en la nuca y al trote. Siempre aprovechábamos nuestra visita a los servicios sanitarios para beber agua, único alimento durante nuestra permanen-

cia en el estadio.

El resto de la noche y gran parte de la mañana los pasé conversando con Viorel, con un sacerdote católico belga, quien en silencio permanecía sentado a su derecha, y con un peruano de nombre Guillermo, sentado a mi izquierda, quien llevaba más de cinco años de estar radicado en Chile, después de haber terminado sus estudios profesionales. Supe que Viorel era un Ingeniero Metalúrgico graduado en Rumania, donde trabajó durante sus primeros dos años de vida profesional. Su matrimonio con la chilena lo aprovechó para abandonar su país y radicarse en Chile. En este país, había estado trabajando con empresas dedicadas a la metalurgia, algunas de ellas relacionadas con el mineral de hierro. Supe que dentro del sistema socialista de Rumania había empleo para todos, pero con un inconveniente: el Estado decidía dónde debía ir uno a trabajar. En el caso de Viorel, según sus comentarios, cuando se encontraba en su último semestre de universidad, el Estado ya lo tenía programado para ir a trabajar en explotaciones metalúrgicas al norte del país y su deseo era otro, muy diferente. El quería trabajar en una siderúrgica, pero tenía que aceptar la programación del Estado con el argumento de que allí era donde lo necesitaba el país.

Supe que el sacerdote belga, de unos treinta años de edad y de nombre Philippe, llevaba más de un año de estar en Chile. En su natal Bélgica, cuando se enteró de los posibles cambios sociales en Chile con el gobierno de Salvador Allende, tomó la decisión irrevocable de viajar al país austral para trabajar con las poblaciones de los sectores más deprimidos. Con su español incipiente, nos transmitió su felicidad por ha-

ber estado en medio de tanta gente pobre, llena de enormes esperanzas por un futuro mejor si se consolidaba el gobierno de la Unidad Popular.

Supe que Guillermo era un médico peruano, graduado en la Universidad de Chile, casado con una dama chilena, con una niña de dos años y los últimos tres años los había pasado trabajando en varios centros de salud en Santiago. Su temperamento era nervioso. Con frecuencia y con voz temblorosa nos decía:

—¿Qué será de mi esposa y de mi hijita? ¡Dios mío, protégalas! Con urgencia, necesito salir de acá, porque ellas me necesitan.

Nuestra reacción siempre fue de apoyo solidario hacia Guillermo y tratar de convencerlo de que todo iba a terminar bien y que nada ganaba con desesperarse, en especial en aquellos momentos en que debíamos estar más tranquilos y serenos, a pesar de la total incertidumbre que vivíamos.

PRIMER SIMULACRO DE FUSILAMIENTO

Era nuestro segundo día de permanencia en el Estadio Chile. No se sabía si era de día o de noche, pues allí se había perdido todo contacto físico con el mundo exterior, incluida la luz del sol. Por ninguna parte se apreciaba un claro de luz natural.

A media mañana escuchamos la protesta de un grupo de personas en las graderías ubicadas más arriba de la nuestra. Giramos para ver lo que estaba sucediendo y encontramos a un soldado gritando y golpeando la espalda de un anciano de cabello blanco,

con la culata de su fusil. El pobre hombre se había negado a salir al trote después de recibir el permiso para ir al baño, aduciendo imposibilidad física para hacerlo. La protesta sirvió porque llegaron varios oficiales y, al percatarse del estado del anciano, le permitieron caminar hasta el baño.

Eran las tres de la tarde, según respuesta de Viorel a mi pregunta por la hora. El lugar estaba en relativo silencio cuando, en la gradería ubicada frente a la nuestra, de repente, se levantó un chileno y con grito desgarrador dijo:

—¡Viva Chile, carajo! Abajo los milicos.

De inmediato le cayeron encima un oficial y un par de soldados. Le golpearon en los hombros y en la espalda con las culatas de sus fusiles. El oficial, con tono desafiante y vulgar, le dio la orden de ponerse de pie y salir detrás de él. Todo el estadio enmudeció y los militares presentes en el estadio tomaron posición de combate. El cuadro no tenía nada que envidiar al del apresamiento del más buscado y temido de los criminales, después de la ejecución de un plan de captura, con la participación de un grupo muy bien adiestrado para ello. Del sitio de los acontecimientos, desaparecieron la 'presa', el oficial y los dos soldados. El hombre nunca regresó.

Una hora después de ocurrido el evento anterior, y con el ánimo de mostrar su prepotencia y dominio, el comandante encargado de la operación y su grupo de oficiales iniciaron un recorrido de inspección por todos los lugares del estadio. Cuando llegaron al sector donde nos encontrábamos, un oficial le habló al oído al comandante y, de inmediato, éste se detuvo, levantó

su brazo derecho y gritó con el tono más alto de su voz:

—¡He ahí la cloaca latinoamericana!

Sabíamos que en ese momento éramos las personas más odiadas por los militares. Desde el comienzo, y así lo hicieron saber a través de un bando militar, los extranjeros fuimos calificados como los responsables de la situación de Chile en el último año. El mismo 11 de septiembre, las emisoras radiales dirigidas por los militares no ahorraron las expresiones en contra de los extranjeros. Para ellos, la culpa la tenía el marxismo-leninismo, una ideología extranjera; la culpa la tenían los extranjeros que, en forma masiva, viajaron a Chile y se llevaron sus mercancías; la culpa la tenían los extranjeros residentes por su apoyo y trabajo con el gobierno de la Unidad Popular; la culpa la tenían los gobiernos comunistas extranjeros, en particular el cubano y el ruso, por su solidaridad con el pueblo chileno.

Todo chileno tenía la obligación de denunciar la presencia de cualquier extranjero. Así, sin más rodeos, lo ordenaba el bando militar. Para los militares, los extranjeros éramos los judíos de Hitler y sus nazis.

Desde cuando llegamos al estadio, me di a la tarea de mirar hacia todos los lados para tratar de encontrar una respuesta a la improvisada detención de tanta gente. Con Viorel, el sacerdote belga y Guillermo, decíamos improvisada porque para nada se tenía en cuenta el derecho elemental de todo ser humano a recibir alimentos cuando se le priva de su libertad; porque siempre nos trataban como personal de contingencia y no como población civil; porque no era justa la retención

de más de un día en un sitio donde, desde todo punto de vista, era imposible dormir; porque, a pesar de saber que estábamos por completo indefensos, con frecuencia consentían, a oficiales de bajo rango y a soldados, el empleo de las culatas de los fusiles para castigar los rostros, los brazos, las piernas y las espaldas de los detenidos.

—¡Huy hermano! ¿Quién le pegó ese golpe tan berraco en la oreja? —le pregunté a un ecuatoriano en la primera oportunidad que tuve de ir al baño. Su oreja y el pómulos derecho estaban amoratados e inflamados.

—Al llegar a los alrededores del estadio —dijo—, la orden de ingreso a las instalaciones la dio un militar golpeando con su culata al primero en la fila y ése era yo. Mire como me dejó ese hijo de puta. Y eso no es nada —dijo levantando la manga izquierda de su pantalón—, cuando estaba afuera, con las manos contra la pared, un hijueputa soldado me pegó tan fuerte con su culata que mire la hinchazón tan grande en esta pierna.

Sentí compasión por el muchacho ecuatoriano. En su rostro, que era el de un joven de 17 ó 18 años, se reflejaba patéticamente el dolor. El hematoma en su pierna era impresionante y la cubría en casi toda su longitud hasta darle proporciones de gigantismo.

Al regresar a mi sitio, después de visitar el baño, le comenté a mis amigos lo sucedido al joven ecuatoriano. Todos estuvimos de acuerdo en nunca ubicarnos de primeros o de últimos en las filas que ordenaran los militares, porque siempre la orden de salir al trote la acompañaban con un culatazo al primero de la fila y la orden de ir más rápido, con un culatazo al último de ella.

Eran cerca de las seis de la tarde. Silenciosos y pensativos permanecíamos sentados en nuestros respectivos sitios. A lo lejos, y a nuestra izquierda, divisamos a un oficial y a un soldado acercándose a nuestro sector por el espacio correspondiente a la primera fila. Al llegar, a quien se encontraba más a nuestra izquierda, en la primera fila, le dieron la orden de pararse y seguirlos. El oficial salió adelante; luego, el detenido y cerró, la fila, el soldado. Desaparecieron de nuestra vista y unos cinco minutos más tarde, escuchamos el sonido de un disparo. De nuevo, aparecieron el oficial y el soldado y se fueron con el segundo de los nuestros. En este momento, todos pensamos en lo peor; parecía que el final había llegado; muchos reflejaban en su rostro un marcado sentimiento de pánico. Entre el primero y mi turno, me correspondió el número 19, se vivieron escenas dramáticas; tal vez, la más desgarradora fue la de un español residente en Chile y con hijos chilenos.

—El siguiente —ordenó el oficial con voz autoritaria.

—Señor, ustedes están equivocados conmigo —dijo el español al levantarse tembloroso—. Yo no tengo nada que ver con lo que está sucediendo en este país. Soy un hombre trabajador, llevo doce años de vivir en Chile, mi mujer es chilena e igual mis hijos. Mi caso es diferente.

—No nos podemos poner a considerar casos particulares —dijo con prepotencia el oficial—. ¡Vamos, andando!

—No señor, por favor —suplicaba sollozando el español—, conmigo van a cometer un error. Yo no puedo morir, mis hijos me necesitan.

El oficial esperó indiferente; su cometido era salir del lugar con la persona seleccionada. Era la situación más embarazosa presentada hasta el momento. De repente, el español tomó al oficial por la mano y el brazo izquierdo y llorando como un niño le pidió clemencia. Al besar su mano, y con un llanto inconsolable, le dijo:

—Por favor, por favor, considere mi situación. Yo quiero mucho a Chile y siempre le he deseado lo mejor. No, no me maten, mi familia me necesita.

Al final, el oficial logró abandonar el lugar junto con el español y el soldado detrás de ellos.

Llegó mi turno. Me levanté del sitio donde estaba sentado, caminé en dirección del oficial y en mi mente, de inmediato, surgió la imagen de un final seguro. Cuál mansa oveja caminé detrás del oficial y sentí, tocando mis talones, a un sumiso soldado con cara de hombre imperturbable. Abandonamos las graderías e ingresamos en una zona de oficinas. Entramos a una de éstas y detrás de nosotros se cerró la puerta.

—Manos contra la pared y piernas abiertas — gritó el oficial, ubicado ya frente a mí.

Cuando me tenía en la posición deseada, dio la orden al soldado de permanecer detrás.

— Güevón de mierda —dijo—. ¿Dónde hay armas?

—Yo no sé, señor —contesté con actitud sumisa.

—Qué señor ni qué nada. Me va a decir, ahora, dónde hay armas o va a morir.

—Señor, yo no sé dónde hay armas —le dije sin titubeos y con toda la seguridad posible para tratar de

convencerlo de mi verdad.

– Güevón, última oportunidad. ¿Dónde hay armas?

– Señor, ya le dije, no sé donde hay armas.

– Soldado, ¡dispare! –ordenó el oficial con total frialdad.

Y el soldado, después de esperar unos pocos segundos, disparó al aire, lo más probable una bala de caucho o algo similar, pero con la plena certeza de producir el ruido de un disparo. Me puse frío y creí morir de verdad.

Mi alma volvió al cuerpo cuando, al ser trasladado a un cuarto contiguo, encontré a las dieciocho personas, víctimas anteriores de semejante tortura. Cuando ya todos los miembros del grupo de extranjeros habíamos pasado la prueba, fuimos devueltos a nuestras posiciones en las graderías. Una vez allí, comenté con mis vecinos sobre la tortura psicológica aplicada a cada uno de nosotros y sobre la obsesión que tenían los militares en relación con la existencia de armas. Con toda seguridad, en el presupuesto anterior al golpe, tenían visualizado como el más seguro escenario un pueblo chileno armado, luchando por la defensa del gobierno de la Unidad Popular. Por eso, tenían que obtener la información sobre la ubicación de las armas a como diera lugar.

DESEQUILIBRIO MENTAL, MUERTE SEGURA

Todos nos veíamos fatigados y con hambre; en nuestros rostros y cuerpos comenzaba a reflejarse el efecto de la enorme carga emocional sufrida y de la falta de alimentación. Las condiciones eran propicias para

atacar el equilibrio de la salud mental de cada uno de nosotros y, de hecho, desde las primeras horas de la mañana de nuestro tercer día en tan lúgubre lugar, se comenzaron a presentar los primeros casos. Desde un segundo piso, y desde el tendido opuesto al nuestro, una persona emitió un grito desgarrador, se lanzó al vacío con el ademán de volar, y cayó dentro de las líneas de demarcación de la zona de juego de baloncesto. Por fortuna, no cayó encima de otra persona, a pesar de lo poblado del sector donde terminó su corto vuelo.

De inmediato, el hombre fue levantado por dos soldados, dirigidos por un oficial, y, a la velocidad del rayo, abandonaron el lugar.

– Ese es un hombre muerto –dijo Viorel–. Los militares no tienen interés alguno en buscar tratamiento para las personas con desajustes emocionales. Parece que estas situaciones las están liquidando por el camino más rápido. Hace poco llegó, por acá, la noticia con los temores por la vida de Víctor Jara ⁶, retirado del sitio donde se encontraba dentro de este estadio, dizque porque se había puesto a cantar.

⁶ Destacado cantautor chileno, nacido en 1932. Participó en la campaña electoral parlamentaria de 1973, realizando conciertos en favor de los candidatos de la Unidad Popular. El 11 de septiembre de 1973 se dirigió a la Universidad Técnica del Estado, su lugar de trabajo, donde estaba programado para cantar en la inauguración de una exposición, con la asistencia y las palabras al país del presidente Allende. Allí fue detenido, junto con los profesores, empleados y alumnos que se encontraban en su interior. Fue llevado al Estadio Chile y torturado. Murió acribillado el 16 de septiembre, pocos días antes de cumplir 41 años. Su cuerpo fue encontrado en la morgue como NN.

– Sí, estoy de acuerdo contigo –dije–. Me preocupa mucho Guillermo, está a punto de explotar; no deja de pensar en su mujer y en su hija y cada vez lo noto más descontrolado. Tenemos que estar muy pendientes de él y evitar que los militares se den cuenta de su estado. ¿Y qué has sabido de Salvador Allende?

– Cuando estuve en el baño –dijo Viorel, con un tono de voz tranquilo y pausado–, encontré varias personas hablando de Allende y me aseguraron su muerte, a manos de los militares, dentro del Palacio de la Moneda, durante el bombardeo de antier. De todas maneras, todavía no se sabe de versiones oficiales.

Quedamos en silencio y comencé a meditar sobre lo que representaba un desequilibrio mental en esos momentos. –Es muerte segura –pensé–. Sin embargo, estaba seguro de mi fortaleza mental. Recordé mis primeros semestres de Ingeniería Civil y, en particular, los períodos de exámenes, en los cuales las tensiones por materias como Aritmética, Álgebra, Geometría, Trigonometría, Física y Cálculo descontrolaron a más de uno de mis compañeros, pero, en nada afectaron mi estado emocional. Si nunca un examen de Cálculo –pensé– me afectó, a pesar de lo duro de la materia y de la absurda exigencia del profesor, esta situación que estoy viviendo no tiene por qué alterarme. Sí –me decía–, de mente, soy fuerte.

– Las cuatro primeras filas de pie –gritó un oficial–. Se colocan en orden y me siguen.

En completa fila india, nos desplazamos detrás del oficial, siempre descendiendo hasta llegar al sótano del estadio. Una vez en este nivel, caminamos en una forma lenta y con múltiples detenciones por largos

pasillos poco iluminados. Íbamos caminando a paso de tortuga cuando, al pasar cerca de un cuarto oscuro, iluminado por la luz del pasillo, percibí la existencia en su interior de una pila de cadáveres. Daban la impresión de estar acomodados en forma intercalada: dos en una posición y encima otros dos en posición perpendicular, y, así, hasta alcanzar una altura superior a medio metro. Con esta imagen en mi mente, continué la marcha hasta un sitio donde nos tuvieron esperando por más de una hora. Custodiados por oficiales y soldados fuimos, obligados a permanecer muy bien alineados y en completo silencio, hasta cuando llegó el momento de ingresar, en grupos de cinco, a un cuarto semioscuro donde esperaban personas vestidas de civil. Llevaban traje oscuro, camisa blanca y corbata, y parecían dispuestas a interrogarnos. Al entrar, sentí miedo. Llegué hasta el fondo del cuarto donde, sentado frente a una mesa, me esperaba un hombre de mirada fría y rostro duro. A su espalda, había una pequeña lámpara con los rayos luminosos orientados hacia la silla donde debía sentarme. Cuadro similar sólo había visto en el cine, en las películas donde los interrogatorios, previos a las torturas, eran dirigidos por seres con apariencia de desalmados. —¡Dios mío, ésto existe en la realidad! —me dije—, al tiempo que el frío invadía todo mi cuerpo.

—Nombre —dijo mi interlocutor con tono seco y prepotente.

—Germán Arboleda Vélez.

Tomó nota en su cuaderno de apuntes y sin cambiar su tono agrio y despiadado me preguntó:

—¿Cuál es el grupo político de su preferencia?

–No, no tengo grupo político de mi preferencia.

–¿Y por qué se encuentra usted acá en Chile? –dijo, sin ocultar el desagrado en su rostro.

–Señor, yo vine a Chile a estudiar en el Cienes, un centro de enseñanza de estadística auspiciado por la OEA⁷ –respondí.

–¿Dónde fue detenido? –dijo.

–En la Universidad Técnica del Estado –respondí. Iba a darle las explicaciones pertinentes, a decirle que allí trabajaba en el Departamento de Construcciones, pero, con un tono agresivo, comenzó a insultarme por estar quitándole el puesto a un estudiante chileno. Se refirió en términos despreciativos a los extranjeros y nos culpó de todos los males de Chile.

Al terminar el interrogatorio, me hicieron salir del cuarto para unirme a la fila, en el pasillo, con los otros extranjeros ya interrogados. Vi a Viorel, muy preocupado al lado del peruano Guillermo; éste había salido trastornado del interrogatorio y estaba diciendo cosas incoherentes.

–Germán, –dijo Viorel–, nuestro amigo peruano está a punto de explotar. No podemos permitir que lo descubran los militares; debemos permanecer a su lado y tratar de calmarlo.

–Hermano –dije a Guillermo–, fuerza, fuerza, hermano, todo va a salir bien. Nada te ganas con desesperarte; por el contrario, piensa en forma positiva. Tu

⁷. OEA: Organización de los Estados Americanos

familia está bien, estoy seguro de ello. Ya pronto te vas a reunir con ella.

Guillermo daba la impresión de no estar escuchando mis palabras. Lo sentí desconectado de la realidad, no estaba con nosotros, estaba en otra parte; no era el Guillermo de la primera noche cuando llegamos al estadio; su mirada estaba fija hacia el piso y se le oía sollozar, preguntando por su esposa y su hija, creyéndolas en la peor de las circunstancias.

—Vamos, andando —ordenó un oficial.

Al mismo tiempo, un soldado golpeó con su culata la espalda del primero de nosotros en la fila y repitió la orden de su jefe. Al pasar el último, lanzó otro culatazo con la orden de agilizar el paso. Caminamos, casi al trote, de regreso a nuestros puestos en las graderías del estadio; al llegar a nuestro sector, Guillermo rompió en llanto y, con tono desgarrador y actitudes de persona desquiciada, suplicó libertad para ir a buscar a su esposa y a su hija. El oficial encargado de dirigirnos se percató de todo y sin ningún tipo de vacilación ordenó su retiro y fue tomado a la fuerza por dos soldados. Cuando se sintió agarrado, con violencia movió su cuerpo tratando de zafarse y llorando como un niño, con un gemido de animal herido, expresó su desagrado por sentir manos extrañas sobre su cuerpo. Logró zafarse y cayó al suelo. Uno de los soldados, sin piedad, lo chuzó en varias partes de su cuerpo con la punta de su fusil y, con el borde de la suela de su bota, le rayó la frente, abriéndole una pequeña herida por donde comenzó a brotar sangre. A pesar de los golpes y de ver la sangre en la palma de su mano, Guillermo rehusaba someterse. Dominarlo les

tomó a los soldados casi cinco minutos. Arrastrado se llevaron a Guillermo y nunca más regresó. Sentimos mucho dolor, sabíamos que era un problema para los militares y éstos iban a escoger el camino más fácil: desaparecerlo. La regla era clara y sencilla: desequilibrio mental, muerte segura.

CINCO DÍAS SIN COMER. CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Eran las primeras horas de nuestro cuarto día en el estadio y las condiciones seguían iguales. Dentro de un ambiente frío y con luz siempre artificial, continuábamos sentados en relativo silencio. Visitábamos con frecuencia los servicios sanitarios en busca de agua y con el ánimo de proporcionar descanso a nuestras caderas y cinturas ya adoloridas; los oficiales de rango y sus soldados, algunos estacionados en posiciones claves y otros desplazándose por los distintos sectores del estadio, permanecían atentos a cualquier movimiento y velaban por mantener el orden; continuaba la actitud de negación total de alimentos; nada se definía en relación con nuestra detención y, lo peor, la cosa parecía ir para largo.

—Viorel, ¡qué hambre! —dije bostezando.

—Tranquilo, hermano —dijo Viorel golpeando mi vocablo colombiano—. Cuando salgamos de acá nos vamos a desquitar; iremos a los mejores restaurantes de Santiago y pediremos los mejores platos.

—Yo creo que, primero, debemos preparar nuestro estómago —dije—. Para mí, desde el día del golpe hasta hoy son cinco días sin comer y cualquier comida fuerte me puede causar trastornos estomacales.

– Estás en lo cierto –dijo Viorel–. Lo que vamos a hacer es ir a mi casa y, una vez allí, llenaremos la tina con agua caliente, tomaremos un buen baño y le pediremos a mi mujer un consomé de pollo con un poco de pan. Así, nos mantendremos dos o tres días hasta cuando nuestros estómagos estén listos para recibir alimentos más pesados.

Nuestra conversación se vio interrumpida por la presencia del comandante encargado de la operación en el estadio y su grupo de oficiales. Estaban en su recorrido rutinario por los distintos sectores del estadio y, de repente, un chileno se paró y llamó la atención del comandante.

–Señor –dijo–, ¿en calidad de qué estamos nosotros aquí?

–En calidad de prisioneros de guerra –respondió el comandante–. Este es un campo de concentración.

–Si estamos en calidad de prisioneros de guerra –dijo el chileno–, ustedes nos deben dar de comer y deben respetar todos los convenios internacionales relacionados con el trato a prisioneros de guerra.

–Se están haciendo todos los arreglos para traerles algo de comer –dijo el comandante prosiguiendo la marcha.

Cuatro horas más tarde, ingresaron a la cancha del estadio varios soldados, cargando ollas enormes con alimentos para todos. Manifestaron, sin ningún recato, que traían instrucciones de repartirlos, primero, entre los chilenos y después entre los extranjeros. Comenzaron en un completo desorden con las personas ubicadas en la cancha del estadio. Desde nuestro sitio,

presenciamos la desesperación de la gente por obtener un plato de comida y cómo muchos repitieron más de dos veces. Las mismas escenas se vivieron en los distintos sectores donde llegaban los soldados con la comida. Nosotros esperábamos ansiosos la llegada de la porción que nos correspondía, pero, cada vez veíamos más lejana la oportunidad de recibir algo por la forma tan desbordada como los chilenos repetían.

La comida se acabó antes llegar al sector donde estábamos los extranjeros. Todos nos sentimos muy molestos y exigimos la presencia del *Comandante del Campo de Concentración* para ponerlo al tanto del asunto y protestar por la discriminación al dejarnos de últimos para la repartición de la comida. El comandante acudió a nuestro llamado y, después de escucharnos, prometió mandar a preparar alguna comida para distribuir sólo entre los extranjeros.

A las dos horas, nos entregaron un plato y una cuchara, procedentes de los comedores públicos del edificio Gabriela Mistral, y nos dieron la instrucción de pasar en forma ordenada a recibir una porción de comida. Eran unos garbanzos casi crudos y más duros que una piedra. Era imposible comerlos y, a pesar del hambre, nos vimos en la obligación de rechazarlos. La frustración fue total; por segunda vez, nos quedamos sin comer.

Los estragos de la falta de alimentación eran visibles en la pérdida de peso de cada uno de nosotros. Cada vez que me ponía de pie debía sostener el pantalón con las manos para evitar su caída. Mis pantalones no requerían correa, su diseño de ajuste a la cintura funcionaba mediante un botón en su parte central y

una pretina de diez centímetros adherida al pantalón, con un ojal en su extremo libre que servía para reforzar el amarre contra un botón pegado al pantalón.

SEGUNDO SIMULACRO DE FUSILAMIENTO

Las horas pasaban con lentitud. Los militares tenían la situación dominada por completo. Todo estaba entrando en una terrible rutina sin un final previsible y los niveles de agotamiento iban en ascenso, tanto por la constante presión psicológica como por la falta de movilidad y los largos períodos de permanencia sentados sobre unas graderías rígidas. Los efectos eran dolorosos sobre riñones, cintura y espalda.

Estaba silencioso y pensativo, desconectado por completo del lugar, cuando llegaron a nuestro sector de extranjeros un oficial y un soldado con la misión de salir con cinco de nosotros al mismo tiempo. A los quince minutos, regresaron por otros cinco y así, en forma sucesiva, hasta cuando llegó mi turno. Eran las siete y treinta de la noche.

—Ustedes cinco me siguen —ordenó el oficial.

De inmediato, nos levantamos. Como mansos corderos, en completa formación y con paso apresurado marchamos detrás del oficial, siempre custodiados por el soldado quien sostenía su fusil en posición horizontal, apuntando hacia nosotros. Todo el tiempo estuvimos descendiendo, a lo largo de corredores hasta cierto punto oscuros, hasta llegar a un salón donde nos esperaban tres oficiales y dos soldados, con sus correspondientes fusiles dirigidos de modo amenazante hacia nosotros.

El cuarto tenía una plataforma de madera contra la pared del fondo, levantada cincuenta centímetros en relación con el nivel del piso. Nos ordenaron subir los tres escalones ubicados en un extremo de la plataforma, para quedar sobre la misma con las manos contra la pared y las piernas abiertas. De los tres oficiales, dos se ubicaron a lado y lado de nosotros y el tercero por detrás, en medio de los dos soldados.

—Tenemos informes de inteligencia —dijo el tercer oficial—, de la existencia de grandes cantidades de armas por todo el territorio chileno. Confiamos en la colaboración de ustedes, diciéndonos dónde están escondidas las armas.

Todos permanecemos en silencio. Esta actitud puso bastante molesto al oficial ubicado a nuestra izquierda.

—Güevones de mierda —dijo—. ¿Es qué no han escuchado? Mi coronel está preguntando que dónde están escondidas las armas.

—A ver usted, güevón —dijo señalando al más cercano de los nuestros —, ¿dónde están escondidas esas malditas armas?

—Señor, yo no sé nada sobre armas —respondió nuestro compañero—. Nunca supe de armas. Créame, estoy diciendo la verdad.

—Bueno, güevones —dijo el oficial detrás de nosotros—, estamos perdiendo la paciencia. Ustedes nos tienen que decir todo lo que saben sobre la existencia de armas.

Nosotros permanecemos silenciosos. Ninguno tenía

respuesta o comentario alguno sobre el pedido. Sin duda alguna, era impresionante la insistencia de los militares por saber la ubicación de grandes cantidades de armamento, las cuales sólo estaban metidas en las cabezas de cada uno de ellos.

Todo lo justificaban porque no podían descansar hasta no encontrar las armas cuya existencia habían asumido los altos jefes militares y transmitido a sus subalternos para dotarlos con una excelente razón que legalizaba los repetidos atropellos contra la sociedad civil.

—Aquí parece que ninguno quiere hablar—dijo el oficial ubicado a nuestra derecha—. ¡Se me quitan los zapatos, las medias y toda la ropa!

Todos obramos según lo pedido. A pesar de estar desnudo y tiritando de frío, mi pensamiento fue muy claro y sencillo: —estos milicos nos van a matar, por eso nos quieren por completo desnudos, para poder deshacerse con facilidad de nuestros cuerpos. Así no tendrían ninguna identificación, aun en materia de vestimenta. Imaginé mi cadáver en una pila similar a la que conservaba en mi mente desde dos noches atrás, en uno de los cuartos del sótano del estadio.

—Quítenles los cordones y colóquenlos dentro de los zapatos—dijo el oficial—. A un lado, coloquen las medias. Quítenle la correa a los pantalones y enróllenla. Doblen los pantalones y cierren los botones de las camisas. Doblen las camisas—continuó vociferando el militar.

Procedimos de acuerdo con las órdenes. Estos milicos —pensé— quieren nuestras pertenencias en la

forma solicitada para poder almacenarlas por separado.

—Traigan todo y pónganlo en forma ordenada aquí —dijo, señalando el extremo anterior de la plataforma.

Parecían ser las últimas órdenes para nosotros.

Sí —pensé— ésto ya va a llegar a su final. La forma como nos ordenan que organicemos nuestras cosas no tiene otra explicación.

—¡Contra la pared y piernas abiertas! —gritó un oficial.

Una vez contra la pared los soldados nos metieron las culatas de sus fusiles entre las piernas y las golpearon repetidas veces, junto con la orden de abrirlas más.

Allí desnudos, con frío, con las manos contra la pared, las piernas abiertas, la creencia de un final casi seguro y dos soldados detrás con sus fusiles en posición horizontal apuntando hacia nosotros, permanecemos cerca de diez minutos.

—Por ahora, estos güevones no quieren decir nada —dijo el coronel—. Recojan sus cosas y pasen al cuarto de enseguida, mi sargento los guiará.

Como autómatas, y con la sensación de estar en un lugar no terrenal, nos dispusimos a recoger nuestras cosas. En perfecta formación y con la ropa en nuestras manos, caminamos detrás del sargento.

—Entren, güevones —dijo el sargento, que se había parado a un lado de la puerta—. Reflexionen y canten porque la próxima vez les va a ir mal, cuando acaben con la paciencia de mi coronel.

Entramos y nos reunimos con muchos de los nuestros. Algunos de ellos permanecían aún desnudos, sentados contra la pared, con la ropa a un lado y pensativos miraban hacia el techo. Otros temblaban, incapaces de controlar el frío; unos pocos permanecían silenciosos, mientras algunos dialogaban con sus vecinos. Cuando terminé de vestirme, me acerqué a un grupo y escuché parte de la conversación.

—Ese uruguayo es muy valiente —decía uno de ellos—. Cuando le preguntaron sobre el grupo político de su preferencia, no dudó en decir que era comunista.

—No, fue torpe —dijo su interlocutor—. En estos casos y frente a estos milicos, uno debe hacerse el güevón y hacerles creer que es apolítico. ¿Viste cómo se lo llevaron? Ni siquiera le permitieron vestirse. Es muerto seguro. El militar a su lado, de haber estado solo, lo hubiera matado de inmediato. Reaccionó como una fiera al escuchar la palabra comunista.

En aquel cuarto, estuvimos reunidas cerca de veinticinco personas y permanecimos a la espera, bajo la vigilancia de dos soldados, durante más de una hora. Una hora convertida en una eternidad por el pleno convencimiento de estar aún dentro del proceso de tortura psicológica iniciado dos horas atrás. El agotamiento era total; el frío golpeaba con intensidad y como cosa curiosa, no sentíamos hambre, quizá, atenuada por la angustia que causaba la incertidumbre en que vivíamos. Hasta el deseo de hablar se había perdido. Cuando ingresó un oficial con la orden de salir, encontró el sitio en silencio casi absoluto. En perfecto orden, abandonamos el lugar y con sorpresa, unos minutos más tarde, nos percatamos de la dirección tomada. No era

hacia las graderías, donde habíamos permanecido desde nuestra llegada, sino hacia una de las puertas de salida del estadio. En las afueras, antes de la puerta de acceso, con su motor encendido, esperaban estacionados varios autobuses. Sobre el andén, permanecían vigilantes varios soldados cuyos fusiles no dejaban de apuntar hacia nosotros.

Al primero de los autobuses, enviaron a tres de nosotros; el vehículo abandonó el lugar de inmediato. Algo similar sucedió cuando se aproximó el segundo autobús. Me correspondió abordar el quinto autobús, casi lleno y con sólo tres puestos libres para los nuevos pasajeros. Nos ordenaron arrodillarnos y colocar la cabeza sobre el asiento, tal como estaban los otros pasajeros del autobús. Apenas el conductor recibió la orden, nos pusimos en marcha.

ESTADIO NACIONAL

CAMA DE PIEDRA, HAMBRE Y FRÍO

El recorrido tomó varios minutos. El destino final fue el Estadio Nacional, que es recinto para la práctica del fútbol, con capacidad para cien mil espectadores. El grupo militar encargado del recibimiento nos condujo por el interior de las instalaciones deportivas hasta dejarnos ubicados en uno de los baños. Entre los detenidos, sólo reconocí a Viorel, quien de inmediato me presentó a William, un campesino colombiano, que había sido su primer contacto en la nueva residencia. Los demás eran por completo nuevos para mí.

Era cerca de la media noche y cada uno de los ciento cincuenta detenidos en este sector del estadio comenzó a buscar dónde dormir. A pesar del frío tan penetrante, y debido, quizá, al agotamiento, muchos nos tiramos en el suelo sin importar dónde pudiera ser y logramos conciliar, después de muchos días, unas cuantas horas de sueño profundo. La misma intensidad del frío y la dureza del piso no nos permitieron dormir más allá de las cinco de la mañana. A esta hora, todos los días, estábamos despiertos, unos sentados contra la pared, encogidos por el frío; otros caminando a lo largo del pasillo, limitado por la pared del baño y la estructura de las graderías, y otros, de pie, conversando en corrillos de tres o cuatro. Las noches fueron de cama de piedra y de frío.

Las condiciones eran 'mejores' que las del Estadio

Chile. Al menos había un pasillo disponible para caminar; también, la informalidad en la que permanecíamos, sin ningún tipo de disciplina militar; la posibilidad de ingresar a los baños en cualquier momento y, sobre todo, la oportunidad de un permanente compartir, aunque sólo fuesen experiencias, a través de las múltiples conversaciones que, de manera ininterrumpida, se sucedían. A pesar de lo reducido, el espacio proporcionaba más comodidad.

En el lugar estuvimos mezclados los chilenos y los extranjeros; por supuesto y en mayor proporción, los nacionales. No era permitido el ingreso a las gradas. En el punto de acceso a éstas, permanecía un soldado muy bien armado, con su fusil siempre en posición amenazante hacia nosotros. El corredor de acceso, entre la puerta de entrada al estadio y la llegada al pasillo, estuvo cerrado casi todo el tiempo. La parte del pasillo reservada a nuestro grupo estaba limitada en sus extremos laterales por rejas metálicas, cuyas puertas siempre permanecieron cerradas.

Durante mi permanencia en el Estadio Nacional, la dieta alimenticia siempre fue la misma, con excepción del día de la visita de la Cruz Roja Internacional. A las once de la mañana, seis horas después de estar despiertos, la orden era pasar a recibir, en riguroso orden, un jarro plástico con porotos o frijoles, el cual se nos entregaba a través de la reja que impedía el acceso al corredor de salida del estadio. A las tres de la tarde, se nos entregó una porción de pan.

Las manifestaciones de hambre eran de impacto indescriptible. Cada uno, después de recibir el jarro plástico con su contenido, en forma lenta, consumía uno a

uno, los porotos. La tinta se ingería con una lentitud pasmosa, después de haberlos degustado hasta el máximo. Como en las paredes del jarro quedaba una lámina de tinta de fríjol, un bocado exquisito y digno del mejor de los rituales, en fila, frente a las llaves de los lavamanos de los baños, uno por uno pasaban y dejaban caer agua, golpeando las paredes de sus jarros hasta cuando los vestigios de tinta desaparecían por completo de la lámina. Después, como queriendo borrar cualquier rastro, se repetía la operación. Hubo quienes lo hicieron por cuatro y cinco veces.

Las manifestaciones de hambre después de la repartición del pan eran patéticas. Nadie lo ingería todo de un solo golpe. Quienes vestían camisa con bolsillo lo depositaban allí y lo comían a pellizcos mientras se desplazaban a lo largo del pasillo. Al final de la tarde, era común encontrar a varias personas con las manos en el bolsillo de la camisa, recogiendo las migajas depositadas en su fondo.

Dentro del grupo éramos varios los fumadores y muy pocos los cigarrillos disponibles. A través de una conversación con el soldado que vigilaba el acceso a las graderías, éste expresó su conocimiento sobre dónde adquirir cigarrillos y su disposición de comprar algunas cajetillas para nosotros. Más aún, dijo que, en ese momento, en los supermercados se podía comprar lo que uno quisiera. A partir del 11 de septiembre, habían desaparecido las colas y aparecieron, a precios oficiales, las mercancías escondidas.

Le entregué todo mi dinero con el cual esperaba comprar cerca de diez cajetillas, con la promesa de traerlas al día siguiente.

Unos minutos antes de la hora de iniciación de su turno, la expectativa por la llegada del soldado era enorme. En el momento de cambio de guardia, apareció un soldado diferente. —Se perdió mi dinero —pensé—. ¿Y, ahora, qué vamos a hacer sin cigarrillos? Sólo quedaban dos cajetillas. A pesar de todo, era firme mi esperanza de volver a tener al soldado vigilando nuestro sector. La hora de cambio de guardia se convirtió en un momento especial. En la mañana del tercer día de estar allí, con gran alegría reconocí al soldado.

—Hermano. —dije—. ¿Qué hubo de los cigarrillos?

—Ah, sí —dijo el soldado, haciéndose un poco el desentendido.

—Recuerde —dije— que le entregué mi dinero para que me comprara diez cajetillas de cigarrillos.

—Aquí le doy estas dos cajetillas —dijo sacándolas de sus bolsillos traseros—. No le puedo traer todas de una vez porque me puedo poner en problemas con mi sargento. Mañana le traigo otras dos.

Dos cajetillas recibí en total. En los dos días siguientes, el soldado me evadió con montones de excusas y, después, desapareció por completo.

El consumo de los cigarrillos era gradual y con el mínimo de desperdicio. Los fumadores, organizados en grupos de cuatro, recibían de mi parte un cigarrillo, lo encendían y lo ponían a circular en el grupo. La ración era de dos cigarrillos diarios por grupo.

Las manifestaciones de hambre eran permanentes, en especial de aquellas personas con apariencia de desempeñar labores pesadas, acostumbradas a sus tres

variadas y abundantes comidas diarias. Cuando el soldado sacaba de uno de sus bolsillos un pan y comenzaba a comerlo, más de uno le imploraba por un pedazo, casi siempre sin respuesta positiva. En cierta oportunidad, el soldado de turno sacó otro pan de su bolsillo y lo tiró al aire. No menos de cuarenta manos se levantaron con la intención de obtenerlo. Después de un forcejeo de más de tres minutos, el pan quedó convertido en polvo y sobre el polvo cinco hombres tendidos en el suelo.

Todo el tiempo estuvo presente el espíritu alegre de los chilenos, contagiado al de los extranjeros a través de chistes picantes e historias plagadas de mentiras, con los cuales matábamos el tiempo y se hacía menos tediosa la reclusión, en especial durante las horas de la noche. Éstas eran, quizá, las menos deseadas a causa del frío y por la imperiosa necesidad de poner a descansar nuestros cuerpos sobre un piso duro y frío y sin ningún tipo de cobijo. Sólo en la tarde, antes de la segunda noche, repartieron veinte colchones y veinte frazadas. Muchos quedamos frustrados a causa de los pocos elementos repartidos.

VISITA DE LA CRUZ ROJA INTERNACIONAL

En la tarde del tercer día de permanencia en el Estadio Nacional, se corrió la voz de una pronta visita de la Cruz Roja Internacional a los distintos sectores del estadio. Vendrían con el ánimo de verificar las condiciones normales en el trato a los prisioneros, con toda seguridad garantizadas por los militares a toda la comunidad internacional. Recibimos la noticia con entu-

siasmo por los grandes cambios que podría traer en materia de alimentación, aseo personal, vestimenta y elementos para dormir.

Al día siguiente, en las primeras horas de la mañana y a través de un oficial, se nos comunicó para ese día la visita programada por la Cruz Roja Internacional y la repartición de leche, por primera vez, desde el inicio de la reclusión. También, se nos ordenó limpiar lo mejor posible el sitio y colocar los colchones y frazadas en orden, contra una de las paredes, pues, se mantenían dispersos en los sitios preferidos por sus propietarios.

Cuando escuché lo relacionado con la repartición de leche, pensé en los estragos que podía ocasionar en mi aparato digestivo y tomé la decisión de ignorarla.

A las diez de la mañana, colocaron dos vasijas enormes llenas con leche caliente cerca de la puerta de entrada al estadio. Dieron la orden de hacer una fila en el corredor de acceso a las graderías y cuando los funcionarios de la Cruz Roja Internacional ingresaron a nuestro sector, seguidos por cámaras de televisión y periodistas, hacía pocos minutos habían comenzado a repartir la leche. Acompañados por dos oficiales de alto rango, los visitantes recorrieron el sector, al parecer todo lo encontraron en orden y sin hablar con alguno de nosotros se retiraron pasados cinco minutos.

La fila para recibir la leche parecía no terminar. Muchas personas enloquecieron con la oportunidad de repetir y, con el jarro lleno de leche, volvían al final de la fila.

Algunas de las personas que no tomaron leche se refirieron en términos burlescos a aquellas que, con alegría, no descansaban de repetir. Les pronosticaron un final no muy agradable.

Los efectos gástricos no tardaron en aparecer. Cada vez eran más numerosas las visitas a los baños. Por la puerta principal de los baños, salió un chileno riéndose a carcajadas y cuando se pudo contener, describió la manera tan exagerada como las personas estaban expulsando gases. De inmediato, se organizó el 'campeonato nacional de expulsión de gases', toda una fiesta con participantes a granel y sin mucho esfuerzo para lograr sus intervenciones.

Por cada taza sanitaria, había un juez con reloj en mano.

El participante, con angustia y desespero en el rostro, a la velocidad del rayo, ingresaba al baño, con los pantalones casi abajo. Tras cerrar la puerta, comenzaba el bombardeo y el respectivo juez cronometraba el tiempo de duración del evento. Era una prueba a contra reloj y la ganaba quien mayor tiempo registrara. Los baños estaban numerados.

—El baño 3 registra once segundos —dijo su juez.

—El baño 1 —gritó su juez—, registra seis segundos.

Los espectadores reían a mandíbula batiente.

La competencia duró más de una hora y hubo más de una pelea por querer participar antes que otro. Doce segundos de expulsión ininterrumpida fue el récord en esta primera olimpiada internacional. De otro lado, fueron muy aplaudidas y acompañadas de carcajadas la

expulsión más ruidosa y la más 'señoritera' ⁸.

Por lógica, los participantes en la olimpiada se abstuvieron de ir por su porción de porotos a la hora acostumbrada y muchos de ellos se mantuvieron quietos porque después de la flatulencia les sobrevino la soltura del estómago, con lo cual cerró el denominado 'efecto visita Cruz Roja Internacional'.

¡OH RAYOS DE SOL!

La noche anterior sólo pude conciliar el sueño durante dos horas en total y en forma intermitente. En el sitio se sentía mucho el ambiente frío. Miré hacia el lugar donde estaba el soldado y observé cómo los rayos del sol golpeaban con toda su majestuosidad una pequeña área que hacía de proyección sobre el piso de la boca de acceso a las graderías. Me entró desesperación por pararme en dicha área y sentir el calor del sol.

Llevaba siete días sin sentir sus rayos sobre mi piel. De la mejor manera posible, supliqué al soldado que se moviera un poco hacia las graderías para que yo pudiera acceder sin ninguna dificultad a la zona deseada, pero se negó de una manera rotunda a permitirlo.

Mi deseo se vio satisfecho al día siguiente. Habíamos llegado al quinto día de reclusión en el Estadio Nacional y se nos concedió el permiso de salir, por primera vez, a las graderías del estadio. La mañana era hermosa. El sol brillaba con todo su esplendor. ¡Qué

⁸Regionalismo para referirse a la expulsión que se hacía tratando de producir el menor ruido posible.

felicidad! Como si estuviera en la playa, me acosté boca arriba en la gradería y me entregué por completo a disfrutarlo.

La tranquilidad que vivíamos se interrumpió de una manera brusca con los mensajes de paz, prosperidad y renacer del país, enviados a través de los parlantes del estadio, seguidos de marchas militares.

Cuando menos lo esperábamos, un médico detenido tomó el micrófono, se identificó y comenzó a hablar. En términos muy respetuosos, mencionó las posibles epidemias y problemas de salud que se podrían presentar si continuaban las condiciones higiénicas a que nos tenían sometidos. Manifestó que ya eran muchos los días con la misma ropa, sin podernos duchar, sin un adecuado aseo bucal, con enormes cargas emocionales, con pésimas condiciones de alimentación y sin tener un lugar apropiado para dormir. Sin ningún titubeo responsabilizó a las fuerzas militares chilenas de lo que pudiera suceder en materia de salud. Después de la intervención del médico, continuaron las marchas militares.

Sentí el mundo girar en mi cabeza. La fuerza del baño de sol y mi debilidad física me produjeron una intensa y desagradable sensación de desmayo. Sin perder tiempo, lo comuniqué a mis compañeros más cercanos, quienes de inmediato me levantaron y me condujeron a la zona de los baños, tomando todas las precauciones del caso para que no fuera detectado por algún oficial que pudiera ordenar mi envío a otra parte del estadio, donde podría correr la misma suerte de las personas retiradas en el Estadio Chile, debido a los trastornos mentales.

Me acostaron sobre un colchón, me dieron a beber un poco de agua y, cuando notaron que me estaba quedando dormido, se retiraron. Dos horas tomó mi recuperación. Muy alentadores fueron los gestos de solidaridad para conmigo. Sentí que todos éramos una verdadera familia.

FUMIGACIÓN MASIVA

Transcurrieron varios días sin cambios en la rutina y sin permiso para salir a las graderías a recibir el sol. Sin embargo, lo volvimos a tener en el octavo día de permanencia en el estadio.

Ingresamos a las graderías en medio de la canícula. Las marchas militares eran la música ambiental, interrumpida algunas veces para darnos algunas noticias sobre todo lo bueno que estaba sucediendo en Chile, gracias a la intervención patriótica de las Fuerzas Armadas. Cuando confirmaron la presencia de todos los detenidos, suspendieron la música y comenzaron a explicar la operación aseo que se iba a adelantar.

La orden era formarnos en una sola fila y desfilar frente a unos recipientes llenos con champú. Una vez allí, inclinábamos la cabeza mientras un soldado pasaba varias veces sobre ella una brocha de albañil empapada con el líquido. Continuamos nuestra marcha hasta pasar por un lugar donde un soldado sostenía una bomba de fumigación agrícola llena con desodorante. Levanté mis brazos y el soldado bombeó cierta cantidad de desodorante sobre mis axilas. Después, pasamos a un sitio donde nos entregaron un pedazo de jabón para lavar la camisa y la ropa interior. De allí nos dirigimos de regreso a los baños para mojarnos la cabeza, hacer

espuma con un leve masaje sobre el cuero cabelludo y terminar con el enjuague hasta dejar el pelo libre de champú.

La operación 'fumigación masiva' me hizo sentir como un verdadero animal. Recordé las jornadas en la finca de mi abuelo cuando, en forma similar, bañábamos al ganado. Las tinas con detergente, la brocha de albañil, la bomba de fumigación y nuestro desfile frente a todo lo anterior eran grotescos y rayaban en lo cómico. De todas maneras, la operación fue bienvenida; la condición higiénica de cada uno era deplorable, comenzando por la ropa. Todos, sin excepción alguna, llevábamos once días con las mismas prendas. A pesar de todos desearlo, la operación no se hizo extensiva a la higiene bucal. Ninguno de nosotros tenía un cepillo dental y, mucho menos, dentrífico. Al levantarnos en la mañana y, al final, en la noche, restregábamos los dientes con los dedos humedecidos en agua y hacíamos enjuagues bucales con agua que tomábamos en forma directa de la llave o recogíamos encocando la palma de la mano.



SITUACIÓN FAMILIAR EN COLOMBIA

Las agencias internacionales de noticias mostraban un panorama desolador en Chile. A esta visión no escapó el pueblo colombiano y, en particular, mi familia en Manizales.

Desde el 11 de septiembre, mis padres, hermanos y familiares más cercanos vivieron atentos a los noticieros de televisión y radio y de la prensa, en general. A través de ellos, supieron de la arremetida contra los extranjeros. Eso era lo que más les preocupaba.

Tres días después del golpe, mi padre tomó la decisión de llamar por teléfono a la pensión donde yo vivía en Santiago. La persona que contestó al otro lado de la línea no supo dar razón de mi paradero y sembró la duda sobre mi posible existencia con vida. Después de colgar el teléfono, mi papá transmitió los pormenores de su conversación y todos estallaron en llanto. Esa noche nadie durmió, fue una noche en vela y sólo abrigaban la esperanza de encontrarme muy pronto.

En medio del desconcierto, mi padre se comunicó con el Secretario General de la Presidencia de Colombia, el doctor C. Arboleda, quien manifestó que carecía de noticias y le prometió entrar en contacto con el doctor Juan B. Fernández, Embajador de Colombia en Chile.

Los días pasaban y, con ellos, crecía la incertidumbre sobre mi paradero. Mis padres, impacientes y an-

gustiados, devoraban las páginas de los principales periódicos colombianos con la esperanza de encontrar en ellos alguna luz sobre mi existencia. A la hora de los noticieros de televisión, concentraban toda su capacidad de búsqueda en tratar de identificarme cuando, en la sección de noticias internacionales, mostraban las imágenes de las personas detenidas en diferentes sectores de Santiago, en especial en el Estadio Nacional. La angustia y el dolor se acrecentaban en el momento de ir a dormir y pensar que, de pronto, podía haber muerto.

Diez días después del golpe, apareció en el periódico El Tiempo, de la ciudad de Santafé de Bogotá, Colombia, el nombre de Germán Arboleda Vélez en una lista de colombianos detenidos en el Estadio Nacional. Mi padre fue el primero en verlo y de inmediato transmitió la noticia a toda la familia. La fiesta se prendió, unos gritaron, otros lloraron, otros se abrazaron. La alegría fue desbordante.

—Al menos ya sabemos que Germán está vivo —dijo emocionado mi padre.

—Debe estar sufriendo mucho —dijo mi mamá—. Las escenas presentadas por la televisión muestran una situación muy dramática, sobre todo en el estadio.

La tensión se redujo, pero surgió la impotencia por no saber cómo lograr mi liberación. Mi madre rezaba y pedía a Dios por el pronto regreso de su hijo. Mi padre pasaba horas y horas sentado en el comedor de nuestra casa sin poder ocultar el sufrimiento que vivía. En general, la situación era crítica, todos los miembros de la familia estaban afectados y la armonía había desaparecido.

DÍA DE LA SALIDA

Los efectos de una mañana primaveral se reflejaban en el espíritu de todos. Con las primeras luces del día, brotaron ánimos de charlar, de bromear, de contar historias y hasta de cantar.

La primera historia la narró, muy en la mañana, un amigo peruano de tez morena, quien lograba congrega a casi todos a su alrededor cada vez que se lo proponía, por el toque caluroso y lleno de emoción y de misterio de su narrativa. Cerca de media hora nos cautivó con la descripción de una de sus máximas conquistas amorosas en el centro de Santiago. No ahorró en los detalles y en la dramatización de sus emociones y sufrimientos. Con su fluidez en el hablar y la claridad para describir situaciones y hechos, nos contó lo sucedido día a día, durante un cortejo de casi una semana, motivado, en esencia, por la posesión material de la protagonista, siempre caracterizada en este tipo de historias por los rasgos exagerados de belleza. Por primera vez, contaba el peruano al final de su historia, después de seis días de conocidos, se encontraba en el apartamento de la dama, solos, con un fondo musical romántico, la calefacción en su punto y sobre la mesa central de la sala una botella de vino y algunos pasabocas preparados con cariño por la anfitriona. Después de una prolongada sesión de caricias, besos y roces pasionales, nuestro amigo mostró interés por conocer el cuarto de la dama y más tardó en expresar su deseo que en verlo satisfecho. La dama rehusaba quitarse sus prendas íntimas, pero ante las

habilidades y caricias magistrales de su galán, no tuvo opción diferente a posar desnuda sobre un lecho preparado para el mayor de los goces de nosotros los mortales.

Todo estaba ya dado –dijo con emoción el amigo peruano–, cuando en esas escuché a mi mujer que me gritaba:

–Negro, negro, mijo, levántese, ya van a ser las siete, hora de ir a trabajar.

Todos reímos a carcajadas. Hubo quienes tuvieron dificultad en parar de hacerlo.

Ese día cambiaron la rutina y a las nueve de la mañana nos repartieron un pan con un poco de café. Aprovechamos la ocasión para conformar los grupos de fumadores y acabar con los últimos cigarrillos que quedaban. En uno de estos grupos la conversación se centró en la importancia de los ambientes culturales y musicales como el de la Peña de los Parra y se recordó a Víctor Jara y a Violeta Parra. De manera espontánea, comenzaron a tararear algunas de sus canciones y terminamos más de veinte personas sentadas en el suelo escuchando la intervención de un asiduo visitante de la Peña y conocedor de casi todas las canciones de moda de Víctor y de Violeta. A las diez de la mañana, la sesión se interrumpió para salir a las graderías a tomar el sol, escuchar las noticias de los militares sobre los sucesos importantes acaecidos en Chile en el día anterior, conversar con las personas vecinas en el sitio escogido para descansar y de manera obligada soportar el fondo musical impregnado de marchas militares. Como en las oportunidades anteriores, el grupo debía permanecer unido y lo más cerca posible de

la entrada a los baños, siempre bajo la mirada vigilante del soldado asignado a nuestro sector.

Sentados a mi lado, estaban Viorel y William, el campesino colombiano. A éste le pregunté sobre la forma cómo había llegado a Chile y su respuesta, con un lenguaje de persona humilde y sencilla, se convirtió en una descripción de su viaje por vía terrestre, de casi un mes de duración, desde su natal Armero, en la provincia colombiana llamada Tolima, hasta su llegada a Santiago de Chile. En muchos sitios de su camino, realizó labores agrícolas para conseguir el dinero que le permitiera seguir adelante. Cuando llegó a Chile, entró en contacto directo con grupos de campesinos organizados en el manejo de la tierra entregada por el gobierno de la Unidad Popular y ofreció en términos incondicionales sus servicios como cultivador del agro. Por más de un año, estuvo laborando en varios campos cercanos a Santiago y en uno de ellos lo detuvieron el 12 de septiembre.

— ¿Por aquí hay alguien llamado Germán Arboleda?
—gritó un oficial, de pie frente a nosotros en la parte más baja de las graderías. Tenía un aparato de radio en la mano.

—Sí, —dije—, yo soy.

—Baje a la zona de los baños —dijo—, y espere allí que ya van por usted.

Mi cuerpo se puso frío, me levanté asustado y manifesté el temor que sentía. Con angustia miré a Viorel y a William y me despedí con un hasta luego.

Impaciente, esperé en el sitio acordado. Cada minuto que pasaba sentía más frío, por lo que me envolví

en la frazada que encontré más a mano.

Un oficial apareció por la puerta de una de las rejas metálicas laterales del sector donde me encontraba. Cuando confirmó que yo era la persona que buscaba, me dio la orden de seguirle. Caminamos a lo largo del pasillo interior del estadio, con algunas interrupciones porque cuando cambiábamos de sector de baños debíamos esperar la apertura de las puertas metálicas laterales. Llegamos hasta un sector de oficinas en cuyo pasillo había algunas sillas. El oficial me ordenó esperar sentado en una de ellas. Allí permanecí más de una hora, alejado de otras personas que también esperaban. En ese sector del estadio había poco movimiento de personal militar.

La puerta de una de las oficinas se abrió y un oficial, desde adentro, me hizo la señal de entrar. Ingresé cubierto con la frazada y tomé la silla que me ofreció, en el preciso momento en que él se sentaba detrás de su escritorio. La oficina era un cuarto pequeño, mal iluminado y con cierto olor a humedad. El oficial sacó un cuadernillo de uno de los cajones del escritorio, comenzó a interrogarme y a tomar nota de todas mis respuestas. Eran las dos de la tarde, así lo indicaba el reloj del oficial.

El interrogatorio duró una hora y media. Transcurrió en un ambiente normal, pues, gracias al tono de voz del oficial cuando preguntaba, me sentí rindiendo una declaración juramentada en un juzgado.

Primero, hizo las preguntas de rigor: nombre, edad, nacionalidad y fecha de ingreso a Chile. Luego, preguntó por todos mis estudios y actividades laborales en Colombia, por el estrato social y la composición

de mi familia colombiana y por las razones que me llevaron a viajar a Chile. Cuando le informé sobre todas mis actividades en Chile, se interesó sobre manera por las características de los estudios en el Centro Interamericano de Enseñanza de Estadísticas, Cienes; por mis preferencias desde el punto de vista político y mi participación en política en Colombia; también por la forma como llegué a trabajar de Ingeniero Estructural en el Departamento de Construcciones de la Universidad Técnica del Estado y de profesor catedrático en el Tecnológico Central de Santiago, así como por la familia chilena a donde llegué y con la cual estuve durante los primeros meses de mi estadía en el país austral.

Cuando el oficial terminó de escribir sus anotaciones, cerró el cuadernillo, lo tomó entre sus manos y me ordenó levantarme y seguirlo. Me condujo a un cuarto donde esperaba un fotógrafo, a quien le entregó el cuadernillo. Le dio instrucciones de llevarme de regreso con él cuando terminara con su trabajo.

El sitio estaba dotado con todos los elementos necesarios para tomar fotos de estudio: un telón de color azul que hacía de fondo, una cámara fotográfica con flash, montada sobre un trípode, lámparas especiales para iluminar la toma y un banco para sentar al 'paciente'.

El fotógrafo me hizo sentar en el banco, de frente a la cámara. Consultó en un libro y anotó en el cuadernillo, tomó una especie de caja de imprenta y con varias fichas sueltas, marcadas con letras y números, formó el código de identificación correspondiente a mi expediente. Me pasó la caja con el número e hizo que la

tomara por los extremos con mis manos y la sostuviera a la altura de mi pecho, se retiró y procedió a tomarme una foto de frente. Luego, me ordenó girar noventa grados y mirar con fijeza a la pared para tomar una foto de mi perfil izquierdo. Por último, tomó una foto de mi perfil derecho.

Cuando el fotógrafo pasó a informarle al oficial la terminación del trabajo encargado, el militar se encontraba ocupado con otro interrogatorio y tuve que esperararlo cerca de media hora.

El oficial llegó con un auxiliar a quien ordenó tomarme las huellas digitales de ambas manos en el lugar reservado para ello en el cuadernillo. Después me ordenó seguirlo y me condujo a un lugar donde se encontraban otras cinco personas custodiadas por dos soldados. Allí estuvimos por espacio de unos veinte minutos, separados y en completo silencio, hasta cuando los soldados recibieron la noticia de la llegada de un vehículo. Nos pusieron en marcha, en dirección a la salida del estadio, donde había transporte militar, tipo microbús. Éste partió tan pronto lo abordamos junto con un oficial y un soldado.

¡... YOPISARÉ LAS CALLES DE NUEVO ...!⁹

Volví a ver las calles de Santiago, casi desiertas e iluminadas por el sol del final de la tarde. No tenía idea de lo que podía estar pasando y no podía hablar con mis acompañantes, pues, nos habían ubicado en sillas diferentes, uno detrás del otro.

⁹Acá estoy tomando las palabras del título de la canción de Pablo Milanés: 'Yo pisaré las calles nuevamente'

Después de un tiempo que me pareció una eternidad, divisé un letrero que anunciaba una zona militar. Indicaba que estábamos cerca de un aeropuerto. Pronto me di cuenta de que nos dirigíamos al Aeropuerto Militar de Cerrillos.

El vehículo se detuvo una vez dentro de las instalaciones militares. Bajamos y nos condujeron a una especie de sala de espera donde no fuimos bien recibidos. Estaba confuso y asustado hasta que una persona de edad avanzada, muy bien vestida y con actitud cordial, me abordó y me dijo:

—¿Es usted Germán Arboleda?

—Sí, yo soy —respondí.

—Soy el Embajador de Colombia en Chile —dijo—. Su padre llamó al Secretario General de la Presidencia de Colombia, y él se comunicó conmigo y me pidió apersonarme de su caso. Me tomó cuatro días ubicarle y casi dos convencer a estos militares para que lo dejen abandonar el país, junto con los otros prisioneros que venían con usted.

—Muchas gracias, Embajador —dije, entendiendo con claridad lo que ocurría—, por todo lo que ha hecho por mí. ¿Logró liberar a todos los colombianos prisioneros en el estadio?

—No —dijo—. La labor no ha sido fácil. Me tomó mucho trabajo lograr que aceptaran su salida. Los militares están renuentes a dejar salir a los extranjeros. Usted bien sabe la actitud de ellos en relación con todos los extranjeros. ¿Se quiere ir para Colombia o se quiere quedar en Chile?

—La verdad, Embajador —dije— yo me quiero quedar en Chile, pero si usted me lleva esta noche para la Embajada.

—Si ése es su deseo —dijo— lo tengo que devolver a la Junta Militar y comenzar a hacer todos los trámites para su libertad con permanencia en este país. Me comprometí con la Junta Militar a responsabilizarme de usted hasta cuando tome el avión de la Fuerza Aérea Colombiana que está esperando por ustedes para partir hacia Colombia.

—Si las cosas son así —dije—, prefiero marchar para mi país.

—Entonces —dijo el Embajador—, pase a la fila y espere instrucciones. Cuando llegue a Colombia y esté con su familia, dígame a su papá que llame al Secretario General de la Presidencia y le dé saludos de mi parte.

El oficial encargado de despacharnos, me pidió el pasaporte. Cuando le dije que no lo tenía, que estaba en el Ministerio del Interior, su actitud se volvió agresiva y me manifestó que salía de Chile en calidad de deportado y así lo registró en el documento de salida.

Ingresé al avión militar colombiano, un Hércules de carga y para el transporte de personal militar, sin ningún tipo de silletería; allí me senté sobre una tabla que hacía el papel de silla improvisada. En su interior había cerca de cuarenta personas, la mayoría eran colombianos y extranjeros asilados en la Embajada de Colombia, con signos de preocupación porque el avión no partía y estaba muy cerca la hora de inicio del toque de queda correspondiente a esa noche.

La tardanza para salir era la llegada de los prisione-

ros del Estadio Nacional porque, a los dos minutos de encontrarnos en su interior, el avión comenzó su carreteo hacia la cabecera de la pista. La aeronave adquirió velocidad y cuando despegó y nos sentimos en el aire comenzamos a entonar el himno de nuestra querida República de Colombia. ¡Qué sentimiento de libertad! Pero, al mismo tiempo, ¡qué dolor! Dejaba un montón de amigos prisioneros viviendo en condiciones precarias y a un país descuartizado con cada familia viviendo su propio drama.

El avión alcanzó la altura de crucero y autorizaron el reparto de algunas porciones de comida. Me dieron pernil de pollo; me parecía mentira volver a ver un pedazo de carne después de trece días. De inmediato, vino a mi mente la imagen de la gente en el estadio y las condiciones de alimentación que soportábamos. Me pareció injusto comerme ese pedazo de pollo, pero, al final, pudo más el hambre que sentía. A pesar de poder comer más de un pernil, sólo ingerí uno, recordando mi conversación con Viorel sobre lo cautelosos que debíamos ser los primeros días para evitar trastornos estomacales. Como postre, me ofrecieron una chokolatina. La acepté, aunque sentí un poco de miedo por los efectos que ésta pudiera producir.

La primera hora del vuelo estuvo dedicada a presentaciones y a conocer un poco de cada uno de los viajeros. Entre los viajeros, había algunos políticos colombianos, entre los cuales sobresalía Gloria Gaitán, la hija de Jorge Eliécer Gaitán, el caudillo asesinado varios años atrás.

A mi lado derecho, estaba sentado un abogado de Cúcuta, de nombre Alberto, que se encontraba de vi-

sita en Chile el día del golpe y había ido a la Embajada de Colombia a pedir apoyo. De inmediato, simpatizamos y hablamos mucho sobre la situación de las últimas semanas en Chile. Cuando vio el estado de suciedad de mi camisa, sacó de su maleta una camiseta de franela y me la regaló. La había comprado el día anterior en Santiago, antes de ir a la embajada.

Cuando dejamos de hablar, cerré los ojos y traté de dormir un poco, sin lograrlo en forma plena. Muy temprano en la mañana, llegamos al Aeropuerto Internacional Eldorado de la ciudad de Santafé de Bogotá.

LLEGADA A COLOMBIA

El avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Santafé de Bogotá a las cinco de la mañana, cuando la aurora apenas se vislumbraba en el horizonte. La temperatura era baja y sentí frío a pesar de tener alrededor de mi cuello la frazada que me acompañaba desde mi salida del Estadio Nacional. Contrario a lo dicho por algunas personas en el avión, muy pocos periodistas esperaban nuestra llegada. No eran más de dos o tres. Lo sorprendente fue la presencia en las oficinas del muelle internacional de un nutrido número de funcionarios del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, quienes nos abordaron con la misión de reseñarnos de todas las formas posibles, como si se tratara del regreso al país de unos delincuentes deportados. Nuestra reacción en contra de la actitud del DAS se hizo sentir de inmediato. Gloria Gaitán y otras personas, una de ellas, al parecer, familiar del Ministro de Gobierno de Colombia, se pusieron en la tarea de buscar por vía telefónica a todos sus contactos con el fin de lograr la suspensión de la operación prevista por el DAS. Esto sucedió cuarenta y cinco minutos más tarde por una orden directa del Ministerio de Gobierno. A los colombianos nos permitieron salir de la zona del muelle internacional y entrar al sector donde esperaban los familiares de los recién llegados. Allí me esperaba Julián, un amigo de mi familia a quien no conocía. Se arrimó y cuando confirmó que yo era la persona que esperaba, me comentó que tan pronto supieron que el avión había salido de Santiago, le habían pedido el favor de venir a recibirme al aero-

puerto.

En el carro, camino a su casa, le narré pormenores del viaje y, en términos generales, la situación vivida durante los últimos trece días en Chile.

En su casa, estaban a la expectativa de nuestra llegada. Con su gran recibimiento y múltiples detalles, los padres de Alberto me hicieron sentir en familia.

Sin perder tiempo, satisfice mi primer deseo: tomar una ducha con agua caliente. Me parecía mentira. Como en un ritual religioso, con toda la pompa del caso y con los ojos cerrados, me entregué al placer que producían las gotas de agua tibia al golpear sobre mis hombros, pecho y espalda y, luego, deslizarse por mi cuerpo. Dos veces puse champú en mi cabeza y tres veces me enjaboné de pies a cabeza, sacando el máximo de espuma cuando al restregar la piel quería borrar la suciedad de trece días. Otro ritual fue la cepillada de los dientes y, en general, el aseo bucal.

Vestido con la camiseta de franela obsequiada por el abogado cucuteño y el resto de prendas con que había llegado, pasé al comedor. Me ofrecieron, ya servido sobre la mesa, todo tipo de comida común en un desayuno colombiano: huevos, carne, arroz, queso, mantequilla, pan, arepa, chocolate y café con leche. ¡Qué abundancia! Me trasladé a Chile y pensé en el hambre de tantos hombres detenidos. Por solidaridad y para tranquilidad de mi conciencia, debía rechazar tanta comida; volvieron a mi mente las prevenciones estomacales acordadas con Viorel. Al final, me decidí por una taza de chocolate con una arepa.

A las once de la mañana, abandoné la casa de mis

amigos, llevando conmigo un pequeño bolso con la camisa y la frazada.

Tres días estuve en charlas sobre Chile por diferentes universidades y centros culturales de Bogotá. El cuarto día viajé con mi padre a Manizales donde, lleno de felicidad, me reuní con mi familia.



EPÍLOGO

Me fue posible escribir esta historia. Muchos, contados tal vez por miles, nunca pudieron hacerlo. Sus existencias fueron enmudecidas por las balas, las torturas, los trastornos psicológicos y el peso de una dictadura instaurada en medio de un autodenominado Estado de Guerra, convertido en pretexto para justificar la designación de 'campo de concentración' asignada a los sitios destinados a la detención de todo presunto pensador de izquierda, donde, más de una vez, se violaron los derechos humanos. Su memoria nos obliga a reflexionar sobre el pasado y dejar en

claro las lecciones aprendidas, no sólo a nivel individual, sino también de familia y de país, para provecho de naciones signadas, hoy en día, por severos conflictos políticos.

En Chile, todo se inició con un conflicto político, cuyos actores partieron de la relación enemigos-adversarios y terminaron, no con fusiles sino con espíritus armados, con odios de unos hacia otros. Esto condujo a una situación de total polarización de la sociedad civil, con marcados reflejos en los ámbitos familiares.

Mientras un actor, el gobierno de manera democrática elegido, y con el respaldo de los grupos políticos de izquierda, de la clase obrera y popular y de vastos sectores de grupos profesionales, luchaba por imponer su propuesta socialista de Estado; el otro actor, formado por los grupos políticos de derecha, con la Democracia Cristiana a la cabeza y con el respaldo de todos los grupos beneficiarios del concepto de estado capitalista vigente en Chile, utilizaba con vehemencia todos los medios posibles para impedir el cambio. En medio de ellos, se ubicaron las fuerzas armadas chilenas, las cuales, en teoría y por Constitución, debían estar del lado del gobierno elegido en las urnas e instalado con el cumplimiento de las normas constitucionales. En este caso, era el gobierno de Salvador Allende Gossens.

El conflicto evolucionó y, al madurar, llevó a los actores a posiciones irreconciliables, hasta ubicarlos en la relación de amigos-enemigos. Se llegó al punto de negociación o guerra.

La decisión final no se hizo esperar: guerra.

Sí, la guerra más absurda, desigual y forzada de todas las que han sucedido en el mundo latinoamericano; irracional medio para solucionar un conflicto político, en cuyo nombre se cometieron innumerables violaciones al Derecho Humanitario Internacional.

En teoría, ninguno de los dos actores directos en conflicto estaba en realidad armado. Las fuerzas armadas chilenas tomaron partido y, obrando en contra de la Constitución, se convirtieron en el brazo armado del grupo de oposición al gobierno elegido según la Constitución y en ejercicio. Al mismo tiempo, prepararon la existencia, en lugares desconocidos, de enormes cargamentos de armas que esperaban la hora cero para ser repartidas entre todos los sectores con posibilidades de convertirse en brazo armado del gobierno que ellas abandonaron.

¡Qué exageración! Un ejército profesional esperaba 'con pavor' enfrentarse a un 'ejército' improvisado, pero bien armado. Esto era el fruto de ese enemigo imaginario de la derecha, representado en un pueblo que, ante un ataque a su gobierno de la Unidad Popular, de inmediato, saldría a defenderlo armado hasta las uñas. Este imaginario fue trabajado con mucha habilidad e infundido al sector golpista de las fuerzas armadas chilenas.

En fracción de segundos, ganaron la guerra y con esta 'victoria' dieron 'solución' al conflicto político. Pero fue también el origen del drama y del dolor vividos por miles de familias chilenas. Nunca aceptaron el calificativo de 'Golpe de Estado' para las acciones iniciadas el 11 de septiembre de 1973 y lo encubrieron cuando manifestaron, en público, que el país estaba

en 'Estado de Guerra' y bajo él actuaban, con las tristes consecuencias desde el punto de vista humano, tanto para nacionales como para extranjeros, consecuencias difundidas con amplitud y conocidas en todos los rincones de la tierra.

Durante más de cuatro décadas, Colombia ha venido soportando un conflicto político interno, pero a diferencia del chileno, el conflicto colombiano es armado y, en estos precisos momentos, está llegando al punto de la toma de decisión entre negociación o guerra. Si el camino es la guerra, se repetirá, con una amplificación descomunal, la historia de Chile, pero con grandes daños a la economía colombiana y a su infraestructura. Esto no sería bueno para los actores que resulten 'vencedores' en la confrontación armada, a causa de lo lenta que se tornaría la recuperación del país, con el consecuente sacrificio de dos o más generaciones. Así lo entendieron en Centroamérica y prefirieron el camino de la negociación.

Es importante sembrar en cada colombiano, de uno u otro grupo en conflicto, las bondades de una salida negociada sobre bases democráticas, de transferencia de poder y de justicia social, aunque algunos tengan que renunciar a ciertos privilegios en favor de otros colombianos, hermanos suyos que, poco o casi nada, han tenido. Es mejor una vida sobria que un mundo con prosperidad material y dolor espiritual.

Como lecciones del drama chileno se pueden destacar las siguientes:

- Por la vía democrática y pacífica, es casi imposible poner en práctica una propuesta de Estado que di-

fiera, de manera significativa, de la concepción vigente de Estado.

- Frente a un conflicto político, las fuerzas armadas de un país, en teoría neutrales desde el punto de vista político y respetuosas de la Constitución, toman posición y pasan a convertirse en el brazo armado de algunos de los actores del conflicto, con preferencia de los que luchan por el no cambio.
- Las peores consecuencias se presentan cuando la solución a un conflicto político es la guerra. Si en Chile, con una ‘guerra’ que duró poco tiempo, fueron tan enormes las cuotas de dolor personal y los desajustes emocionales de muchas familias, en muchos casos todavía no superados, ¿cómo serán los de una verdadera guerra?
- Cuando la dictadura asumió el poder en Chile, recibió a un país con una economía en crecimiento y una infraestructura económica y social en buenas condiciones, hechos que permitieron su posterior desarrollo positivo. Pero, ¿se justifica minimizar la acción golpista por un tal crecimiento económico, ignorando por completo el dolor de muchos por la muerte, desaparición o exilio obligado del padre, el hermano, la madre, la hermana o el hijo? Chile ha avanzado mucho en los últimos años, pero, al mismo tiempo, ha experimentado el sacrificio y el dolor de gran parte de una generación.
- Si un conflicto político se resuelve por el camino de la guerra, habrá dolor humano y destrucción de la economía e infraestructura del país en conflicto. Para los actores vencedores, el camino no estaría tan despejado como lo estuvo para la dictadura chilena y tendrían que someterse a largos períodos

de lento crecimiento.

- Por todo lo sucedido en Chile, en particular por los actos de genocidio y de violaciones del Derecho Internacional Humanitario, DIH, se debe responsabilizar a la cúpula de las fuerzas armadas de Chile de 1973 y a las cabezas visibles de los grupos actores del conflicto político a las que ellas sirvieron como brazo armado.
- Son enormes los sufrimientos experimentados hasta la fecha por muchos grupos de colombianos: campesinos desplazados por temor a los enfrentamientos militares, a las masacres indiscriminadas y a las matanzas a mansalva, cada día más frecuentes; familiares de miembros de las fuerzas armadas y de los grupos armados muertos en combate o en asaltos guerrilleros; población civil involucrada en asaltos de grupos armados, secuestros, actos de terrorismo. Si a tales sufrimientos se tuvieran que agregar las consecuencias de una solución al conflicto político armado por el camino de la guerra, sin ninguna duda, por muchas veces se multiplicaría la razón del título de este libro para uno nuevo: *¡Cómo duele Colombia!*, pero repetido sin cesar.
- Si en Colombia llega a ocurrir lo peor, será la historia la encargada de juzgar y de llevar a los tribunales internacionales, acusados de genocidas y de violadores del Derecho Humanitario Internacional, a muchos compatriotas, hoy en día, protagonistas del proceso de paz.

PRÓLOGO	9
AMBIENTE UNOS DÍAS ANTES	13
EL CAMBIO ERA REALIDAD	13
CHILE ERA EL PAÍS DE LAS COLAS Y DEL 'MERCADO NEGRO'	16
EL PUEBLO CREÓ MECANISMOS DE DEFENSA	18
NO TODO SE INFORMABA EN EL EXTRANJERO	19
EL AMBIENTE ERA PESADO	19
11 DE SEPTIEMBRE	25
ESTADIO CHILE	33
UNIVERSIDAD TÉCNICA DEL ESTADO - ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS	33
TRASLADO AL ESTADIO CHILE	38
PRIMER SIMULACRO DE FUSILAMIENTO	42
DESEQUILIBRIO MENTAL, MUERTE SEGURA	48
CINCO DÍAS SIN COMER. CAMPO DE CONCENTRACIÓN	54
SEGUNDO SIMULACRO DE FUSILAMIENTO	57
ESTADIO NACIONAL	63
CAMA DE PIEDRA, HAMBRE Y FRÍO	63
VISITA DE LA CRUZ ROJA INTERNACIONAL	67
¡OH RAYOS DE SOL!	70
FUMIGACIÓN MASIVA	72
SITUACIÓN FAMILIAR EN COLOMBIA	75
DÍA DE LA SALIDA	77
i... YO PISARÉ LAS CALLES DE NUEVO ...!	82
LLEGADA A COLOMBIA	87
EPÍLOGO	91

Esta obra se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de Cargraphics -
Impresión Digital, en Santafé de
Bogotá, en Mayo de 1999



